

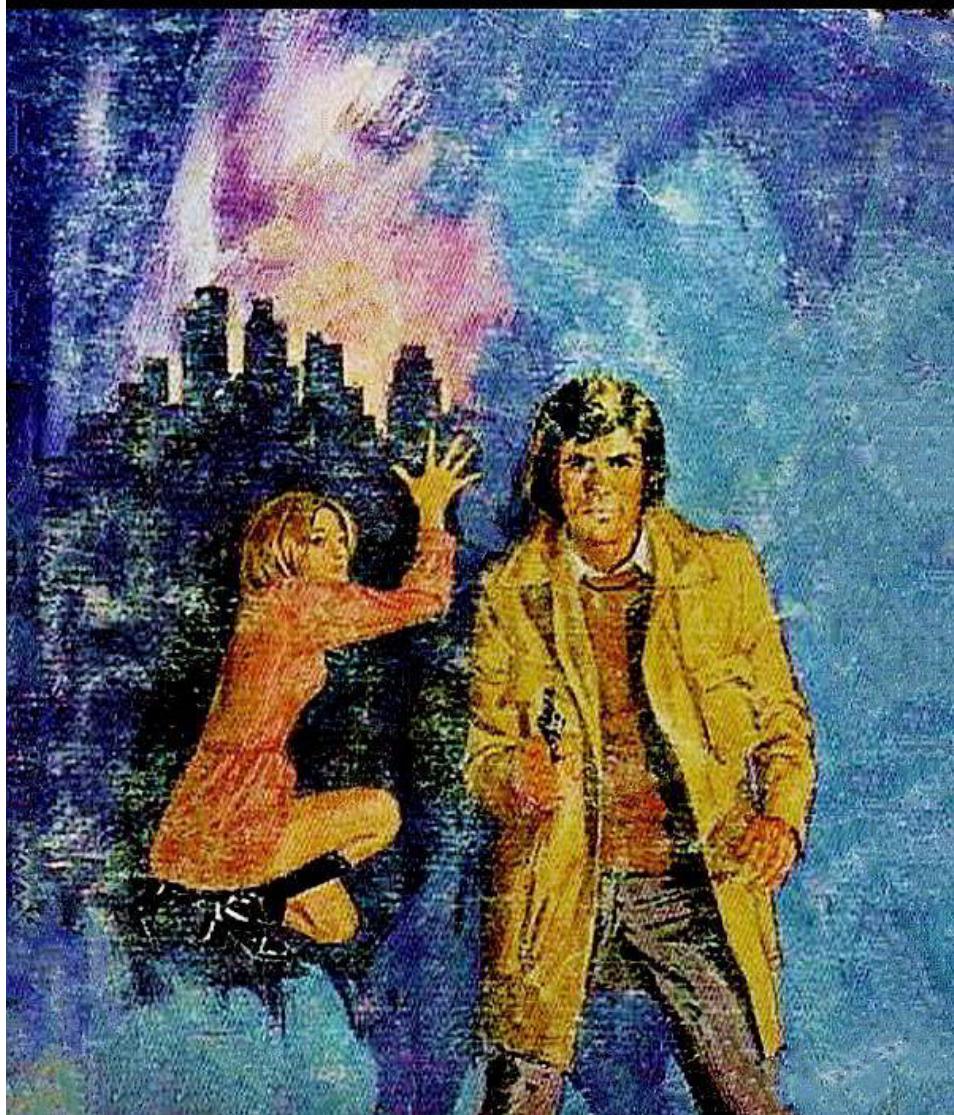
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

MUERTE EN UN DÍA DE LUVIA

Keith Luger



La lluvia caía sobre el cementerio.

Un cortejo fúnebre avanzaba por uno de los caminos, flanqueado por las sepulturas, ahora limpias por el agua.

Cuatro individuos de negro portaban sobre sus hombros el ataúd.

Detrás, iban los acompañantes. Tres mujeres enlutadas y cinco hombres de oscuro.

Algunos de ellos se guarecían de la lluvia con paraguas.

Las campanas del cementerio doblaban tristemente.

Al fin, la comitiva llegó a la última morada del difunto. Un hermoso hoyo.

Publicado por editorial Bruguera en la colección Archivo Secreto con el número 111, en el año 1966.



Keith Luger

Muerte en un día de lluvia

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1393

ePub r1.0

Lds 29.10.18

Título original: *Muerte en un día de lluvia*

Keith Luger, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La lluvia caía sobre el cementerio.

Un cortejo fúnebre avanzaba por uno de los caminos, flanqueado por las sepulturas, ahora limpias por el agua.

Cuatro individuos de negro portaban sobre sus hombros el ataúd.

Detrás, iban los acompañantes. Tres mujeres enlutadas y cinco hombres de oscuro.

Algunos de ellos se guarecían de la lluvia con paraguas.

Las campanas del cementerio doblaban tristemente.

Al fin, la comitiva llegó a la última morada del difunto. Un hermoso hoyo.

Allí estaban los dos empleados que, con la pala, iban a enterrar el ataúd.

Los cuatro hombres descargaron la negra caja.

Un individuo que portaba una gran corona preguntó:

—¿Va a decir algo, coronel?

Un hombre de nariz aguileña se adelantó unos pasos.

—Sí, me gustaría pronunciar unas palabras.

Todos lo miraron y entonces él chascó la lengua y dijo:

—Hoy enterramos a un verdadero amigo. Lo vamos a echar mucho de menos.

En aquel momento se abrió la caja.

El supuesto muerto tenía una pistola en la mano, una «Luger».

Hizo fuego, y el tipo que acababa de pronunciar las últimas palabras se derrumbó porque había sido alcanzado en el pecho.

Por un momento, el cortejo fúnebre se pareció a un trozo de filme mudo, en que los personajes se mueven con una endiablada velocidad.

Uno de los que portaban paraguas hizo un juego de prestidigitación y del puño del paraguas sacó una pistola.

Pero mucho antes de que la pudiese utilizar, el resucitado le mandó una bala contra las fosas nasales.

Las tres mujeres se levantaron las faldas y echaron a correr.

En un momento determinado, saltaron en el aire con una gran agilidad buscando refugio en las sólidas sepulturas que estaban más cerca.

Las campanas seguían doblando a muerto, lúgubres.

Los dos empleados del cementerio se metieron de cabeza en el hoyo.

El difunto que manejaba la «Luger» estuvo a punto de quedarse en la caja porque en ese momento le soltaron una ráfaga de metralleta.

La madera, de muy buena calidad, fue astillada.

Pero él logró saltar y cayó en el hoyo, junto a los sepultureros, que lo miraron empavorecidos.

En aquel momento, algo zumbó por el cielo.

El resucitado sonrió mirando por encima de su cabeza hacia la izquierda, por donde se aproximaba rápidamente un helicóptero.

Tuvo que agacharse enseguida porque el individuo que manejaba la metralleta le mandó otra ráfaga con la intención de segarle la cabeza.

Eso le contrarió mucho.

Apuntó hacia la sepultura en donde se encontraba el tipo y lo tumbó de un balazo en el cuello.

El helicóptero llegó rápidamente. Colgaba de él una larga cuerda rematada por un gancho.

El hombre cuyo entierro se estaba celebrando con aquel ritmo tan inesperado metió el gancho en una de las asas del ataúd.

—Hasta la vista —dijo a los sepultureros y saltó al interior del ataúd.

El helicóptero pegó un tirón fuerte.

La caja de muertos, que ahora contenía un vivo, saltó por los aires y comenzó su viaje.

Una de las mujeres enlutadas manejaba también una metralleta y envió un chorro de plomo contra el fugitivo.

Parte del ataúd saltó por los aires, pero el inquilino no sufrió el

menor daño.

El helicóptero se alejó bajo la lluvia.

El hombre que estaba dentro del ataúd rió enseñando sus blancos dientes, e hizo un saludo con la pistola a los que habían integrado su cortejo fúnebre.

CAPÍTULO II

El comandante Bernard Ferniot, jefe de la Investigación Estratégica, Sección del Servicio de Contraespionaje francés, unió las cejas mientras observaba al subordinado que tenía al otro lado de la mesa, un joven de unos veintiocho años que respondía al nombre de Paul Riviere.

—No me gustó lo que hizo, señor Riviere. Usted no debió dar lugar a que casi lo enterrasen.

—Fue divertido, señor, cuando aquel helicóptero me arrancó del hoyo.

—Basta, señor Riviere... Ya he leído atentamente su informe...

—Sí, señor.

—Usted logró lo que deseábamos, pero insisto en que pudo realizar el servicio sin arriesgar tanto.

—Perdone, señor, pero...

—Le he dicho que no quiero explicaciones aclaratorias...

—Sí, señor —contestó Paul Riviere levantando la mirada por encima de su jefe.

Sonó uno de los cuatro teléfonos que descansaban sobre la mesa del comandante Bernard Ferniot.

El jefe del Servicio de Investigación Estratégica, dudó unos instantes porque no sabía cuál de ellos sonaba.

—El segundo de su derecha, señor, si me permite —dijo Riviere.

Ferniot emitió un gruñido y atrapó el teléfono que Paul Riviere le indicaba.

—¿Cómo...? ¡Nussac...! Le ordeno que resista hasta que le envíe auxilio...

El comandante Ferniot colgó.

—Señor Riviere, Bruno Nussac se encuentra en un apuro. Ha de

ir inmediatamente en su ayuda. Se trata de un asunto muy grave para nuestro país... ¡Quiero que se ponga en marcha con toda rapidez...!

* * *

Bruno Nussac colgaba de los dientes de una grúa gigante.

Miró hacia abajo y soltó un grito aterrorizado.

Si caía, se convertiría, sin lugar a dudas, en un despojo.

Entre la grúa y el suelo mediaban no menos de treinta metros y, por añadidura, el suelo estaba lleno de hoyos, que aquella grúa había mordido como un animal antidiluviano.

En aquel momento sonaron varios estampidos.

Las balas chocaron contra el metal.

Bruno gritó otra vez y se izó metiéndose en la boca de la grúa.

Nada ni nadie lo podía salvar.

Aquellos tres orientales que habían iniciado su persecución estaban a punto de liquidarlo.

Sacó el microteléfono que le ponía en comunicación directa con su jefe.

—Comandante... —dijo—. Me tienen acorralado... Estoy a punto de despedirme de este mundo. Haga algo por mí... ¿El agente Paul Riviere? —Su semblante se iluminó con una sonrisa de esperanza—. Gracias, comandante. Sabía que no me dejaría en el atolladero.

Los disparos arreciaban.

Sintió cómo rebotaban los proyectiles sobre la plancha tras la que se había refugiado.

Todavía podría ocurrir el milagro.

Paul Riviere era un buen tipo.

El mejor de sus compañeros.

Si le hubiesen dejado elegir, él no habría vacilado en señalar a Paul Riviere como el más apio para sacarlo de aquel apuro.

Pero Paul tendría que darse mucha prisa.

¿Qué pasaba ahora? La boca de la grúa se estaba moviendo.

La habían puesto en marcha.

Iba hacia abajo.

Se asomó por los dientes.

Entonces, comprendió el plan.

Dos chinos lo estaban esperando abajo con sendas pistolas.

El tercero de los orientales estaban en la cabina de la grúa y había puesto en marcha el mecanismo que acercaba la boca a la tierra.

Y en la boca de la grúa estaba él.

Lo iban a atrapar.

Peor que eso. Lo iban a convertir en carne para albóndigas.

Sacó la pistola.

Apuntó y apretó el gatillo, pero no sonó ningún estampido y, como era natural, tampoco por el cañón salió la bala.

Su arma era inútil. Se había encasquillado.

Vio las caras de los dos chinos qué sonreían, pensando que al fin iban a echarle mano. Cuando se acercaba abajo, arrojó la pistola sobre la cabeza de uno de los orientales, pero ni siquiera tuvo la buena suerte de hacer blanco sobre el amarillo.

Entonces se arrojó él detrás, y cayó sobre uno de los chinos, pegándole un tremendo puñetazo.

El otro chino le cazó el cuello con un golpe de karate.

Bruno Nussac se desplomó pensando que había llegado su última hora.

Vio las caras de los dos chinos que se inclinaban sobre él.

Entonces, ocurrió lo inaudito. Las dos cabezas de los chinos chocaron entre sí.

Y cuando los dos se abatieron, Nussac vio en lugar de aquellas dos cabezas amarillas la de su compañero Paul Riviere.

—Eh, Bruno, ¿qué te pasa?

—Bien venido a la pandilla, Paul...

—Me dijeron que tenías un problema.

—Oh, no es nada. Sólo que encontré en mi camino un centenar de chinos.

—Yo no creo que sean tantos. Sólo he contado seis.

Tres de ellos cayeron sobre Paul Riviere como si hubiesen sido catapultados.

Paul se quitó uno de encima por un procedimiento de volteo que le daba buenos resultados.

Al otro le pegó una sacudida con la izquierda.

—Eh, Bruno, ¿qué infiernos haces ahí? —gritó tras una pausa—.

No estamos de vacaciones.

Bruno se levantó incorporándose a la pelea.

El chinito de la grúa creyó llegado el momento de hacer de las suyas.

Dirigió la boca de la grúa sobre Paul Riviere, con la evidente intención de engullirlo de una sola dentellada.

Pero ocurrió una cosa curiosa.

Un chino quiso golpear la cara de Paul, éste se agachó y el oriental se precipitó sobre la boca de la grúa, la cual lo tragó de un solo bocado. Sólo quedaron sus pies fuera, que patearon un poco y, luego, languidecieron.

Bruno dejó fuera de combate a otros dos orientales.

Paul remató al último de la serie.

—Bruno —suspiró—. Esto ha quedado listo. ¿Me quieres decir ahora qué es lo que pasa?

Bruno se había quedado sin habla, con la boca abierta, mirando a la espalda de Paul.

—¿Conque había terminado...? Eh, mira a tu espalda.

Oíros doce orientales corrían hacia aquel lugar.

—Eh, Bruno, ¿dónde estamos, en París o en China?

Sacó su «Luger» e hizo fuego.

Dos de los orientales dieron volteretas al ser alcanzados por las balas.

—Será mejor que escapemos de aquí antes de que lleguen un millón de chinos —dijo Bruno.

—He dejado mi auto a cincuenta metros. Hay que llegar a él...

Los dos echaron a correr saltando por los hoyos.

Los chinos armaban una tremenda algarabía a sus espaldas.

Sonaron varios disparos.

Las balas pasaron por encima de los dos fugitivos.

Al fin, llegaron al auto de Paul.

Paul se puso al volante mientras Bruno entraba por la otra portezuela.

Enseguida, el vehículo arrancó como un tigre, levantando una gran polvareda.

Empezó a hacer eses por el irregular terreno.

En dos minutos, se alejaron de aquel lugar.

Ya corrían por la carretera. Podían considerarse a salvo.

—Bueno, nos libramos —dijo Bruno.

—Sí, y eso se lo debes a un tipo llamado Paul Riviere.

—Ya sabes, hoy por mí, mañana por ti...

—No me digas que sedujiste a una chica y su familia la quiere vengar...

—¿No te habló el jefe?

—No. No hubo tiempo... Me dijo que estabas con la cabeza en la guillotina.

—Lo puedo jurar —repuso Bruno tocándose el cuello—. Ya sentía la hoja en el pescuezo.

—¿Cuál es el asunto?

—Casi acertaste antes.

—¿A qué te refieres?

—Hemos de secuestrar a una china.

—¿Eh...?

—Sí, has oído bien. Una china.

—No me digas que ella también es tu novia.

—No, no lo es, desgraciadamente... Tenías que verla. Es algo sensacional. Tiene un cuerpo, unas piernas... Y sobre todo cuando mira, cuando habla, cuando se mueve... —Bruno se había quedado embelesado.

—Eh, muchacho, despierta... ¿Adónde hay que ir por ese portento?

CAPÍTULO III

Ella se llamaba Leyla Wong.

Había nacido en Shanghai y era hija de padre francés y madre china.

La combinación había resultado maravillosa, porque Leyla era un producto acabado, a juicio de los tres orientales que rodeaban a la joven.

Ella estaba sentada en una silla, atados los brazos al respaldo.

El vestido de Leyla había sido desgarrado por los hombros, dejando al descubierto su piel.

El chino que más interés mostraba por la muchacha poseía bigote recortado como un rebaño de hormigas, ojos saltones como los de un sapo, y su mentón estaba rematado con una perilla, como la de un chivo.

—Eres una renegada, Leyla.

—No tiene derecho a decirme eso.

—Aborreces a tu raza.

—Es falso. Quiero a los míos.

—No. Los tuyos no son ahora los seres como nosotros sino estos franceses corrompidos, los ingleses, los americanos. Tú perteneces ya a los occidentales.

—Me gusta el mundo occidental, pero eso no quiere decir que odie a los de mi raza.

Su interlocutor sonrió astutamente.

—Muy bien. Te voy a poner a prueba. Ahora sabremos si realmente sientes lo que dices... Anda, querida Leyla, dime, ¿dónde está el medallón?

—Yo nunca he visto el medallón.

—¿Sabes a qué medallón me refiero?

—Sí. Estos dos hombres me han estado haciendo preguntas sobre un medallón que tiene el dibujo de una cigüeña.

—Exacto. Ése es el que nos interesa.

—Le aseguro que no lo he visto en mi vida.

—¡Mientes!

Los otros dos chinos aproximaron su cara a la de Leyla.

La joven se asustó.

Su falda había sido también rasgada y por la abertura mostraba una pierna impecable.

El oriental que llevaba la voz cantante dijo:

—Sabemos perfectamente que tú tenías que recibir el medallón, Leyla.

—¿Por qué?

—Alguien te lo debía enviar.

—Pero ¿cómo me pueden enviar un medallón sin que yo lo sepa?

—Te lo explicaré, pequeña Leyla... El medallón fue robado en nuestro país. Contenía algo muy importante...

—¿Qué cosa?

—No te lo puedo decir —el chino de los ojos de sapo hizo una pausa—. Ese objeto fue robado por uno de nuestros compatriotas, un repugnante traidor, un piloto de un avión... Se debió volver loco. Sí, eso lo explicaría todo. No podemos concebir que haya podido ocurrir de otra forma. Lo importante es que ese medallón te fue enviado a ti, Leyla Wong, a París. Te lo mandaron desde Hong-Kong.

—Pero le aseguro que yo no he recibido nada. Sus informes deben ser falsos...

El chino atrapó a la joven por el cuello y ella dio un grito.

—No, no te voy a estrangular, querida Leyla... Tu vida es muy preciosa para nosotros...

Puedes ser una gran patriota si nos dices dónde guardaste el medallón.

—Pero ¿cómo quiere que le diga si no sé nada?

—Si nos entregas lo que buscamos, recibirás los más altos honores... Si te callas, vas a morir.

—Oh, no.

—Sí, querida. Vas a morir...

—Pero ¿cómo puedo convencerlo?

—Escucha esto... Soy el doctor Kung. Pertenezco a una secta. La del Escorpión Dorado. Soy especialista en el tormento. He estudiado durante muchos años toda clase de suplicios... Si no me dices dónde está el medallón, te demostraré mis brillantes conocimientos...

—No puedo decir nada.

—Muy bien. Dos de mis hombres se van a encargar de ti. Yo les enseñé a ellos la ciencia de obligar a un ser humano a decir todo lo que lleva dentro.

El doctor Kung se acercó a la pared y apretó un timbre.

Se abrió una puerta y aparecieron dos chinos con la cabeza muy inclinada, las manos sobre los pechos. Se cubrían con un quimono y llevaban hasta coleta...

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —dijo el doctor.

Los dos chinos asintieron.

Todavía no habían mostrado la cara.

De pronto, se lanzaron sobre los otros dos chinos que flanqueaban a la joven.

Sonaron terribles puñetazos y los chinos rodaron hacia la pared, uno por cada lado.

El doctor Kung agrandó los ojos al ver lo que pasaba.

Los dos chinos que acababan de entrar eran de pega. Se trataba de dos occidentales.

Echó a correr y en un momento desapareció por una puerta secreta.

La hermosa Leyla, que estaba en la silla, parpadeó.

—Dios mío, ¿quiénes son ustedes?

Los dos hombres disfrazados de chinos hicieron un saludo.

—Nos presentaremos —dijo el más alto—. Soy Paul Riviere y éste es Bruno Nussac. A sus órdenes, señorita.

Bruno Nussac ya estaba cortando las ligaduras de la joven.

—Ahora recuerdo. Bruno Nussac, usted es amigo de mi novio... Christian Gobert.

—Exactamente. Fue él quien me pidió ayuda.

—¿Dónde está él, señor Nussac?

—Lo siento...

—Eh, ¿qué quiere decir?

—Christian murió. —Oh, no...

—Sí, esos miserables lo acuchillaron... Él llegó a su casa en el momento en que los chinos se la llevaban... No se dieron cuenta de su presencia y pudo seguirlos hasta aquí...

Entonces, me telefoneó. Pero cuando yo llegué al lado de Christian, él estaba moribundo. Me dijo dónde la encontraría, pero no pude venir hasta ahora porque esos chinitos lo impidieron. Por fortuna, mi amigo Paul Riviere pudo ayudarme.

—Pero ¿cómo saldremos de aquí?

—De la misma forma que entramos. Ya conocemos el camino.

—Pero ellos son muchos, y su jefe, el doctor Kung, es un asesino...

De pronto, se abrió una trampilla en el techo y cayó un chino desde lo alto.

Paul Riviere le soltó un tremendo puñetazo y lo tiró hacia la pared.

Apareció otro chino y ahora fue Bruno Nussac quien lo fulminó con su puño.

Continuaron cayendo chinos y los dos amigos, a puñetazos, los fueron apilando a un lado y a otro.

Al fin, por la trampilla dejaron de caer orientales.

—Listo, muchacho —dijo Paul Riviere—. Ya terminamos el cupo.

La joven estaba asombrada.

—Son ustedes muy eficientes.

—Hemos de serlo o necesitaríamos una piel de repuesto —repuso Paul.

Caminaron por el corredor que Paul Riviere y Bruno Nussac habían utilizado para llegar hasta allí.

De pronto, salió una carcajada de un altavoz.

—Les habla el doctor Kung... No pueden salir de esta casa...

Bruno Nussac lo imitó:

—La joven aterciopelada del oriente anunciando la mejor goma de mascar...

—Les haré comer esas palabras —repuso el doctor Kung por el altavoz.

—Pues ya las estoy masticando.

—Ustedes son dos entrometidos.

—¿Cómo lo sabe? —dijo Paul Riviere mientras seguían

avanzando por el pasillo.

—Quiero darles una lección que les sirva para toda la vida.

—Apuesto a que nos va a matar.

—Seguro.

—Entonces, se contradice, doctor Kung. Nos va a servir de muy poco la lección.

Así diciendo, Paul Riviere sacó su pluma estilográfica del bolsillo.

Asomó la cabeza por la esquina del corredor y vio a tres hombres con metralleta, las piernas en compás y listos para entrar en combate.

Paul hizo girar la caperuza de la estilográfica hacia un tope. Luego, la arrojó y se escondió rápidamente.

—A tierra... —dijo.

Atrapó por la cintura a Leyla porque ella se había quedado quieta.

Al instante, se oyó una terrible explosión.

Los dos agentes y Leyla estaban en el suelo.

Vieron ante sus ojos una gran nube de humo.

—Vamos, muchachos —dijo Paul.

—Eh, mira eso —rió Bruno Nussac.

La nube de humo se había disipado y justo en la pared se veían tres huecos.

Eran perfectamente simétricos.

Por allí habían escapado hacia el infinito los tres chinos con metralleta.

Inmediatamente, pudieron ganar la libertad.

CAPÍTULO IV

—¿Dónde está el medallón? —preguntó Paul Riviere.

—No lo tengo —respondió Leyla Wong.

Viajaban en el coche de Paul.

Leyla estaba sentada junto a él, y el asiento trasero era ocupado por Bruno Nussac, el cual miraba por la ventanilla trasera para asegurarse de que no eran seguidos.

Leyla dijo:

—Lo único que recibí fue una carta de mi primo. La destruí después de leerla.

—¿Te anunciaba tu primo el envío del medallón?

—Sí.

—¿Qué decía la carta?

—Que me enviaba un medallón que contenía un secreto muy importante, pero yo no iba a recibir la mercancía. Debo retirarla de la persona a quien mi primo la mandaba:

Sonia Belfond.

—Vaya, una mujer. ¿Quién es?

—En mi vida he oído hablar de ella... Mi primo me decía en la carta que encontraría a Sonia Belfond en un café de Saint-Germain-des-Prés. El Edén.

—He estado allí —dijo Paul—. Es una cueva existencialista. Nos daremos una vuelta por ese café cuando nos hayamos adecentado.

Paul Riviere descolgó un teléfono que lo ponía en comunicación directa con su jefe.

—¿Comandante Ferniot...? Paul Riviere informando... Quiero que eleve una protesta diplomática. París está lleno de chinos. ¿Qué hace el general De Gaulle...? Vamos detrás de un medallón... ¿Una explosión, señor...?

Ya sabe usted que los orientales celebran sus fiestas con gran lujo de coherencia... Según parece, el medallón contiene un secreto muy importante... Naturalmente, no sabemos lo que es y por eso sigue siendo un secreto... Pero me da en la nariz que debe ser algo sensacional teniendo en cuenta las fuerzas desplegadas por una secta llamada El Escorpión Dorado... ¿Me podría dar información acerca de esta secta, señor? ¿Ahora no, comandante...? Muy bien. Trataremos de encontrar el medallón. Corto.

* * *

Sonia Belfond era una rubia sensacional.

Estaba interpretando una canción en la que aseguraba que ningún hombre la quería.

Muchos clientes que se encontraban en aquel momento en el Edén, estaba en desacuerdo con Sonia.

Gustosamente, se habrían quedado con Sonia, al menos durante una temporada.

La clientela del local era la habitual en las cuevas existencialistas. Camisas de colores chillones, suéters muy cerrados para los caballeros y muy abiertos para, las damas, y los hombres, en general, parecían haber declarado la guerra a las barberías.

Paul, Bruno y Leyla ya habían arreglado los desperfectos causados en su indumentaria por su reciente lucha con los chinos del doctor Kung.

Casualmente, Paul contaba en su casa con muchas prendas femeninas.

Era un hombre previsor.

Tomaron posesión de una mesa.

—¿Algún chino? —preguntó Paul.

—Ninguno —le contestó Nussac tras un examen a su alrededor.

Vino un empleado con abundante pilosidad en el mentón.

—¿Quién es Sonia Belfond? —le preguntó Paul.

—La chica que canta.

Paul Riviere encanutó los labios y lanzó un silbido al ver a la rubia.

Pidieron Martinis.

Sonia terminó su canción y se encaminó hacia un hueco del

fondo.

Paul se levantó.

—Esperadme aquí.

—¿No será mejor que vaya yo? —preguntó Leyla—. Te llamaré si me haces falta.

Paul caminó por un corredor y vio varias puertas. En una de ellas estaba el nombre de Sonia.

Se metió dentro sin llamar.

Sonia Belfond se estaba poniendo una media.

—Un bonito remo —dijo Paul—. La contrato para bogar por el lago.

La joven se bajó la falda, pero no pudo hacer mucho porque su falda era última moda, cuatro dedos sobre la rodilla.

—No me interesa su invitación, señor...

—Paul Riviere... Entonces cambiaré de tema. ¿Recibió ya el medallón?...

—No divulgo los secretos de familia.

El se inclinó sobre la joven y, antes de que ella se pudiese dar cuenta, la besó en los labios.

—Opino lo mismo que tú, Sonia. Amémonos sin que nadie nos oiga... Nuestro amor sólo nos importa a nosotros...

—Eh, ¿de qué manicomio se escapó?

—Querida Sonia, has debido recibir un medallón de Hong-Kong...

La mercancía es pura dinamita... Estás en un grave peligro. ¿Viste la chica que me acompaña?

—Sí, ya me fijé cuando entraste. Es una china.

—Ella es la prima de Huang, el hombre que te envió el medallón. Hay una secta por medio, la del Escorpión Dorado. Y te aseguro que gastan bromas muy pesadas... Pero eres una chica con suerte por tenerme a tu lado, y yo te voy a defender contra todos.

—Paul la volvió a besar en los labios.

—Eh, ¿y quién se defiende de ti?...

—Soy una buena persona.

—Sólo cuando duermes. Estoy segura de ello.

—Nena, valdrá la pena que te cerciores de eso en mi apartamento. Bastará tres o cuatro noches.

—No iré ni aunque me lo pidas de rodillas.

—Al parecer, no estoy en mi día de suerte —dijo Paul, y la volvió a besar en la boca.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe.

Un chino vestido a la europea entró con un revólver en la mano.

Tras de él entraron otros dos chinos que también exhibían pistolas.

—Eh, ¿qué significa esto...? —exclamó la hermosa Sonia.

—El peligro amarillo —contestó Paul, y fue a llevarse la mano a la corbata.

—Baje ese brazo, señor Riviere.

—Sólo voy a aflojarme el nudo —exclamó Paul—. Ustedes me han dificultado la respiración, doctor Kung.

—Celebro que me haya identificado.

—Tengo mucho gusto en conocerle personalmente, honorable asesino.

—Es gracioso que usted diga eso. Ha eliminado a un montón de mis hombres.

—Pero ustedes son muchos.

—Silencio.

—Ya estoy callado —dijo Paul.

El doctor Kung sonrió y se dirigió a la rubia.

—Quiero ver su medallón.

—Entonces me tendrá que acompañar a Marsella. Yo nací allí y mi familia vive en aquella ciudad. Pero tendrá que aclararme cuál es el medallón que quiere. Tenemos varios. Mi abuelita era muy aficionada a ellos.

—Bravo, señorita Belfond, tiene sentido del humor...

Paul Riviere intervino sonriente:

—Ya que están así las cosas, les voy a contar un par de chistes descacharrantes. —Le ordené que callase, señor Riviere...— el doctor Kung miró a sus dos hombres. —A la próxima vez que abra la boca, se la cerráis para siempre.

Los dos verdugos hicieron un gesto de asentimiento.

Se abrió otra vez la puerta del pequeño camerino y entraron dos muchachas.

—Oh, ¿estorbamos? —dijo una de ellas con notable falta de imaginación.

—De ninguna manera —contestó el doctor Kung—. Ustedes no

estorban... Adentro con ellas, muchachos.

Los dos chinos empujaron a las dos jóvenes al interior.

—Sólo vinimos para que la señorita Belfond nos diese una fotografía con su autógrafo.

Somos admiradoras tuyas...

—Señor Riviere —dijo Kung—. Levante las manos hasta la altura de la cabeza.

Paul las había bajado demasiado para atrapar a una de las muchachas por la cintura.

Sólo quería disimular para salvar aquella situación.

Pero no levantó las manos. Hizo cosquillas a la joven que tenía delante.

Ella dio un chillido.

Entonces, Paul se abalanzó sobre uno de los sicarios del doctor Kung.

Lo atrapó por el brazo armado y lo hizo girar justo en el momento en que el otro chino hacía fuego.

Paul no recibió la bala sino el chino que le servía de escudo.

En eso, se abrió la puerta y entró Bruno Nussac en el pequeño recinto.

Kung se volvió demasiado tarde.

Nussac le pegó con el filo de la mano en la muñeca.

El doctor Kung perdió el arma. Pero, entonces, levantó otra mano, la izquierda.

—Todo el mundo quieto. Esto es una bomba de mano. Con una presión la haré explotar.

Paul vio la piña y no tuvo duda de que era una bomba de mano.

—Quietos, Bruno, o quedamos para que nos sirvan en una carnicería.

El doctor Kung sonrió triunfador.

—Señorita Belfond, venga a mi lado.

Sonia titubeó pidiendo ayuda con la mirada a Paul.

Pero éste se encogió de hombros.

—Lo siento, nena. Debiste aceptar mi invitación para ir a remar al lago y no estarían pasando estas cosas...

Sonia fue al lado de Kung.

—¿Dónde tiene el medallón?

—En mi casa.

—Muy bien. Iremos a ella. Pero éstos no nos seguirán... Salga usted primero, señorita Belfond... ¡Rápido!

Sonia salió del camerino y el chino lo hizo detrás.

Paul vio que el doctor Kung hacía presión en la bomba. La haría estallar adentro.

—¡Listo, Bruno! —gritó y se arrojó hacia delante.

Golpeó la puerta y se cerró en el momento en que el chino soltaba la bomba.

Bruno la tomó en el aire.

Se revolvió como una centella y la tiró por la ventana que estaba abierta.

Seguidamente, se oyó una terrible explosión.

El pequeño recinto se llenó de humo y de polvo.

Ahora en lugar de ventana había un enorme boquete por donde se salía a la calle.

Paul saltó por el agujero.

El doctor Kung corría tirando de Sonia hacia el auto.

—¡Eh, doctor!... —gritó Paul—. ¡Espere, se olvidó de algo!...

Ya tenía la pistola en la mano.

La amenaza de Paul surgió efecto.

El doctor dejó libre a Sonia y se fue hacia el auto que estaba junto a la acera.

Se abrió la portezuela y el doctor Kung desapareció en el interior en el momento en que Paul disparaba.

La bala rebotó en la carrocería.

Los focos del auto se encendieron cegando a Paul.

El vehículo rugió como un animal De la jungla, avanzando vertiginosamente hacia su presa.

Paul Riviere saltó y rodó por el suelo. Golpeó contra el bordillo de la acera.

El auto desapareció a lo lejos.

Sonia se acercó al agente.

—¿Cómo estás, Paul?

—Bastante bien, teniendo en cuenta mi azarosa vida. Vamos a tu casa a por el medallón... Tendremos que damos prisa porque esos tipos nos sacaron ventaja.

—No te preocupes. No encontrarán el medallón en mi casa.

—¿Dónde está?

—En mi bolso —repuso ella levantando aquel objeto.
Paul la tomó por las mejillas y la besó en la boca.
—Bendita sea la ingenuidad de las mujeres —dijo sonriente.

CAPÍTULO V

El comandante Ferniot tenía ante su presencia a dos de sus agentes, Paul Riviere y Bruno Nussac.

También había dos mujeres, Leyla Wong y Sonia Belfond.

—Caballeros, debo reprenderles por sus constantes fallos... He tenido que hablar con la policía judicial y hacer valer mi autoridad para que los dejasen libres. Armaron un gran escándalo.

—Fue poca cosa, señor, si se tiene en cuenta que conseguimos el medallón —repuso Paul.

—Ahórrese los comentarios. Quiero ver ese famoso medallón.

Paul hizo una señal a Sonia y ésta abrió su bolso.

Sacó una caja rectangular, que alargó al comandante Ferniot.

Éste abrió la caja y extrajo el medallón.

Todos habían interrumpido hasta el resuello.

El comandante Ferniot sonrió.

—Buen trabajo, muchachos...

El medallón tenía grabado una cigüeña.

El comandante le dio vueltas hasta que presionó en el sitio justo y la tapa se abrió cayendo sobre la mesa un papel.

El comandante, sonriente, tomó el papel y lo desdobló.

Leyó su contenido y se fue quedando serio.

Alzó los ojos mirando a Paul Riviere.

—Conque habían hecho un buen trabajo...

—Fue lo que usted dijo, señor.

—Escuchen —el comandante leyó—: «Éste no es el medallón, querida Leyla. Te mando uno falso para despistar, porque tengo la impresión de que, si enviase el verdadero, caería en manos enemigas. Tengo en mi poder el auténtico medallón con la cigüeña que haré llegar a Françoise Moreau, una francesa residente en

Hong-Kong

que regenta una casa llamada El As de Corazones. Perdona las molestias. *Huang*». Sonia Belfond hizo un gesto de asombro.

—No sabía que el medallón contuviese esa carta.

—Señorita Wong —dijo el comandante—. Tengo malas noticias para usted. Su primo Huang fue encontrado en aguas cercanas a Hong-Kong.

—¿Muerto?

—Sí, ahogado.

—Señoritas —dijo el comandante—. Desde ahora quedan bajo nuestra protección.

Pasen a la habitación adyacente. Ya he dado órdenes con respecto a ustedes.

Las dos jóvenes salieron de la estancia.

El comandante carraspeó con suavidad al quedar a solas con sus dos subordinados. —Caballeros— dijo—, saldrán inmediatamente para Hong-Kong.

* * *

Paul Riviere y Bruno Nussac estaban en el aeropuerto de Orly, listos para subir al reactor que los iba a llevar a Hong-Kong.

Por el altavoz, anunció una señorita:

—Por favor, señor Riviere, acuda a la cabina número cuatro... Repito. Por favor, señor Riviere, acuda a la cabina número cuatro...

Paul se metió en la cabina indicada y descolgó.

—Paul Riviere.

—Le habla su jefe...

—¿Qué hay, comandante?

—Las cosas empezaron a salir mal.

—¿Cómo?

—Las chicas han sido secuestradas.

—¿Cómo ha podido ocurrir en sus propias narices?

—Mataron a dos agentes que custodiaban a las muchachas... Entraron en el edificio haciéndose pasar por transportistas de muebles. No sé cómo se enteraron de que, efectivamente, íbamos a

cambiar cierto mobiliario... Emplearon dardos para matar a nuestros dos muchachos. De esa forma, no hicieron ruido. Luego, utilizaron una ventana para escapar... ¿Se da cuenta de lo que significa?

—Sí, claro. Harán cantar a las chicas. Ellas conocen el contenido de la carta.

—Estamos tratando de localizar a las muchachas, pero temo que va a resultar difícil. —Lo difícil va a ser lo nuestro. Es como si nos hubiese dado una entrada para el cementerio.

—Lo siento, pero tendrán que realizar el servicio, a pesar de todo.

—Ya lo suponía, jefe.

—Buena suerte.

—Por favor, jefe...

—Diga.

—No me mande flores —dijo Paul Riviere y colgó.

Regresó al lado de su amigo Bruno.

—¿Qué pasa, Paul?

—Nada de importancia. El jefe quería asegurarse de que estábamos preparados para volar.

—Ya tengo ganas de conocer Hong-Kong, me han dicho que es precioso.

—Sí, sobre todo el cementerio europeo.

—¿Tú crees?

La señorita del altavoz anunció el vuelo en que los dos agentes debían viajar y se pusieron en marcha.

* * *

El reactor estaba a una media hora de Hong-Kong.

—Da gusto viajar en un aparato tan rápido, ¿eh, Paul?— dijo Bruno.

En aquel momento oyeron una voz por detrás.

—Ruego a todos los viajeros que permanezcan en su sitio. Esto es un asalto.

Paul miró a sus espaldas y vio a un chino en el centro del

corredor con una metralleta en la mano. A sus pies tenía una caja de violín, que era indudablemente de donde había sacado el arma.

Entonces miró a su compañero Bruno y dijo:

—Sí, viajar en un avión con orquesta y todo es una auténtica felicidad.

—Dios mío, dile que no empiece el concierto.

El chino sonrió.

—Eso va a ser cuestión de ustedes, señores Riviere y Nussac.

Dos chinos se levantaron de su asiento. Portaban gafas oscuras y pistola.

Caminaron por el corredor y amenazaron a la azafata.

—Abra la puerta de la cabina de los pilotos.

—Está prohibido —dijo la azafata.

—¿De veras? —sonrió el oriental—. Nosotros somos los que imponemos el reglamento. Paul intervino:

—Señorita, obedezca.

La azafata acompañó a los dos hombres a la cabina de los pilotos.

Paul se volvió nuevamente hacia el chino de la metralleta.

—Eh, oiga, ¿qué piensan hacer?

—Llevaremos el avión al lugar que nos conviene.

—No puede hacer eso. Este vuelo termina en

Hong-Kong.

—No acabará en

Hong-Kong,

señor Riviere. Ha habido cambio de itinerario.

—Bueno, hay que tomárselo con filosofía. ¿Me permite fumar?

—No, no se lo permito.

—Es usted muy poco considerado.

—Ya nos ofreció una buena serie de trucos, señor Riviere. Y prefiero no correr ningún riesgo.

—Como quiera.

Paul tenía el pie derecho en el corredor y lo dobló sobre la puntera.

El tacón se abrió y de allí salió escupido un agudo estilete que fue a golpear contra el pecho del chino de la metralleta, derribándolo como si fuese un muñeco.

Paul se levantó del sillón y tomó la metralleta.

El chino estaba muerto y todavía tenía la sonrisa en los labios.

—Tú lo dijiste, compañero —le dijo Paul—. En esta vida hay que vivir con trucos.

Bruno Nussac ya tenía la pistola en la mano.

Los viajeros continuaban sin rechistar. Estaban demasiado perplejos.

Pero una señora gorda no pudo resistir la tensión. Dio un grito y se desmayó.

—Paul —dijo Nussac—. No podemos entrar en la cabina y liarnos a tiros.

Riviere se masajeó el mentón.

—Se me ocurre una idea.

Se agachó sobre el chino y le quitó el estilete.

Arrastró al oriental hacia la puerta de la cabina y lo puso allí de pie.

Bruno comprendió y le ayudó a preparar el número.

La metralleta quedó en manos del chino muerto aunque, en realidad, era Paul quien la manejaba.

Entonces Paul apretó un timbre.

Se abrió la puerta y apareció un chico con pistola.

Paul dejó caer el cadáver y él ocupó su lugar.

—Eh, sal de ahí.

El otro parpadeó unos instantes sorprendido y por fin salió.

Bruno se encargó de él. Le pegó un golpe de karate en el cuello y sostuvo al oriental para que no armase ruido al caer.

Luego, Paul sin tomar ya ninguna precaución entró en la cabina.

El otro chino de la pistola se volvió para hacer fuego, pero Paul le metió una ráfaga en el pecho.

No podía fallar una sola de las balas, ya que si éstas daban en la cabina, se produciría una catástrofe aérea más.

Y no falló. Todo el plomo fue para el chino.

Uno de los pilotos sonrió a Paul.

Volveré a cambiar de rumbo. Empezaba a creer que no cenaría esta noche con mi mujer.

La azafata, que era una preciosa morenita, apoyó el brazo en el hombro de Paul y dijo:

—¿Y a usted, señor Riviere? ¿También le está esperando su mujercita para cenar en

Hong-Kong?

—No, es mucho peor. Me está esperando mi suegra —contestó Paul.

—Qué pena —dijo la azafata y salió de la cabina.

Mientras lo hacía, Paul se fijó en sus pantorrillas y dio un suspiro.

—Sí, verdaderamente es una pena —convino.

CAPÍTULO VI

Estaban en el local de Françoise Moreau, El As de Corazones.

Pero aquel trozo era un restaurante y no un garito.

Las mesas eran servidas por chinitas de buen tipo y muy monas.

La clientela estaba integrada en la mayor parte por occidentales.

Paul tomó a una chinita por el brazo desnudo.

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Flor de Durazno...

—Pues mereces llamarte Melocotón en Almíbar.

La chinita sonrió el requiebro y, luego, Paul inquirió:

—¿Dónde está tu patrona? —En la oficina.

—¿Y dónde está la oficina?

—Allá —señaló con la mirada a una puerta que había al fondo cerca de un mostrador—. Pero la señorita Moreau me dejó encargado que no quería recibir visitas...

—Dile que acaban de llegar de París dos primos de Huang y que somos peritos en medallones.

—No comprendo, señor...

—No te preocupes. Ella comprenderá.

—Está bien —respondió la china y se fue hacia la puerta que había señalado.

Los dos agentes fueron detrás.

Al cabo de un par de minutos, Flor de Durazno salió diciendo:

—Pueden pasar. La señorita Moreau les recibirá.

Françoise Moreau era una mujer muy esbelta, de unos veintisiete o veintiocho años, con senos altos, cintura estrecha y largas piernas.

Se cubría con un vestido de noche negro con tirantes muy delgados.

Poseía ojos negros, grandes, orlados de sedosas pestañas, y unos

labios que resecaron la garganta de los dos compañeros.

—Soy Paul Riviere. Mi amigo es Bruno Nussac. Agentes de la Investigación Estratégica al servicio del Gobierno francés, señorita Moreau.

—He de ver sus credenciales.

—Con mucho gusto —contestó Paul, y caminó hacia la joven.

La abarcó por la cintura y la besó en la boca.

La joven parpadeó.

—He dicho su credencial, señor Riviere.

—Oh, perdón. Creí que con eso era suficiente.

En los ojos de la joven chispeó la cólera.

—Se cree muy gracioso.

—Pensé que sabría notar el beso de un compatriota.

Bruno se arremangó mientras se acercaba a la joven.

—Ahora me toca a mí.

La joven retrocedió de un salto.

—¡Si me besa saldrán los dos de aquí en camilla!

Paul dio un suspiro y exhibió su credencial.

—Puede leer, pero debo advertirle que podría ser una falsificación.

—Lo mismo digo —repuso Bruno.

—Entonces, ¿cómo voy a saber que son las personas que dicen ser?

—Le explicaré lo que usted tiene y cómo llegó a sus manos —repuso Paul—. Se trata de un medallón con una cigüeña en la tapa... Un chino llamado Huang se lo envió a usted. Pero después, Huang pagó su contribución a la causa y fue ahogado en las aguas de Hong. —Kong... Huang debió saber que lo seguían y utilizó una estratagema para salvar el medallón... Simuló que lo mandaba a París a una prima suya, Leyla Wong, pero en realidad no hizo otra cosa que mandar un duplicado. Tuvo éxito, porque los chinitos se llegaron junto a la torre Eiffel para hacer de las suyas... ¿Tiene bastante o le enseño el lunar que tengo en cierto sitio...?

Françoise parpadeó nuevamente.

—Sí, tendré que admitir todo lo que usted dice.

—Muy bien, dejaremos lo del lunar para mañana por la noche...

—Señor Riviere, debo advertirle inmediatamente una cosa. Me voy a casar.

—Estupendo. Todavía llegué a tiempo.

—¿Cuándo va a empezar a hablar en serio?

—Cuando usted y yo estemos a solas. Ande, empiece a ser una buena chica y deme el medallón...

—Señor Riviere, usted no me ha ofrecido bastantes garantías para que yo se lo dé.

—No sea niña y obedezca. Le aseguro que corre un gran peligro si continúa conservando ese medallón en su poder...

—Ya sé cuál es su táctica. Quiere meterme miedo.

—Sólo le digo la verdad.

—Yo no lo creo —respondió Françoise Moreau, levantando la barbilla.

En aquel instante se oyó una voz.

—Hace muy bien, señorita Moreau. El señor Riviere no es un hombre de fiar...

Era un chino que tenía una pistola en la mano.

Se había dejado ver por unas cortinas.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Françoise.

—Utilizando el corredor de atrás. Señorita Moreau, es a mí a quien va a entregar usted el medallón.

Paul exhaló el aire de los pulmones.

—¿Has salido ya de dudas, Françoise? —tuteó a la joven.

—Todavía no. Y por eso no voy a entregar el medallón a nadie.

—Voy a apretar el gatillo, señorita Moreau. Mi pistola le está apuntando al vientre. No mirará enseguida... Entonces, tendrá que darme el medallón y yo sólo le podré ofrecer la oportunidad de que llame pronto a un doctor...

Paul intervino:

—No seas testaruda, Françoise. Dale lo que él quiere.

—Está bien —dijo la joven.

—¿Dónde está? —preguntó el chino.

—Lo guardé en la caja fuerte, detrás de ese cuadro... —Sáquelo.

La joven se dirigió hacia la pared, donde había un cuadro estilo oriental. Hizo girar éste sobre un eje y apareció la caja fuerte, cuyo dial manejó durante un minuto.

Se oyó un chasquido y la caja quedó abierta.

—No meta la mano ahí, señorita Moreau —advirtió el chino.

—¿Cómo quiere entonces que le dé el medallón?

—Apártese.

La joven obedeció.

Entonces, el chino se dirigió hacia el hueco que había aparecido en la pared.

Paul saltó por encima de la mesa.

Había calculado bien la distancia, pero aún así, estuvo a punto de fallar.

El chino tuvo casi que dar media vuelta para hacer fuego.

Para entonces, Paul lo había atrapado por la muñeca y le dio un tirón por encima de su hombro, apalancando el brazo del oriental.

El chino tuvo que saltar para impedir que le rompiesen el brazo.

Lo hizo con una gran elasticidad porque casi tocó el techo.

Al llegar al suelo estaba ya en los dominios de Bruno Nussac, el cual le soltó un terrible zurdazo.

El chino corrió hacia Paul, quien lo paró con la zurda, para aplicarle inmediatamente un gancho de derecha.

El chino volvió a retroceder en busca de Bruno Nussac, quien lo recibió con un formidable puñetazo entre los dos ojos.

Françoise permanecía muda y asombrada ante el espectáculo.

El chino ya no pudo ir más de un lado a otro. Sus piernas se negaron a sostenerle y se derrumbó sin conocimiento en el suelo.

—Bruno —dijo Paul—. Vigila la puerta por donde entró el chino. No sea que se nos llene la casa.

Bruno sacó la pistola y se colocó junto a las cortinas.

Françoise recuperó el movimiento. Acercóse a la caja fuerte y sacó un pequeño paquete.

Desató el nudo y desenvolvió el papel.

Ante los ojos de Paul apareció un medallón en cuya parte central había grabada una cigüeña.

—¿Conoces el secreto de Huang, Françoise?

—No quise abrirlo. Huang me aconsejó que no lo hiciese... Debería guardarlo hasta que alguien con autoridad enviado por su prima Leyla Wong me lo pidiese... Me dijo que sería muy peligroso para mí que me informase de lo que contenía el medallón. —Muy bien. Entonces será mejor que salgas.

—¿Por qué?

—Porque yo tampoco quiero que lo sepas.

—¿No crees que ya es ingenuo que me mantenga al margen? La

presencia de ese chino lo demuestra.

—Sí, quizá tengas razón.

Paul presionó el medallón.

Se oyó un crujido metálico.

Como de aquel medallón que había abierto su jefe, de éste también salió un papel.

Paul lo desdobló, pero no entendió nada porque estaba escrito en chino.

—¿Puedes traducirlo, Françoise?

—Sí, desde luego. Dice lo siguiente. —La joven hizo una pausa y luego agregó—: «Al secretario de las Naciones Unidas le será inoculado RNA. La operación se llevará a cabo por el doctor Angus Cromwell, con domicilio en Nueva York». —¿Algo más?— preguntó Paul Riviere.

—Eso es todo.

—Magnífico.

—¿Significa algo para ti? Yo me he quedado igual.

—Pues será mejor que sigas con tu ignorancia.

—¿Es peligroso que al secretario de las Naciones Unidas le inoculen ese RNA?

—Creo que sería desastroso para el mundo.

En aquel momento el teléfono se puso a sonar.

La joven lanzó un grito sobresaltada.

Finalmente, tomó el auricular.

—¿Sí...? ¿Quién ha dicho? ¿Doctor Kung...?

Françoise cubrió el micro con la mano.

—Preguntan por ti, Paul.

—Sí, es un antiguo conocido mío... Pero dile que todavía no llegué.

—No sirve. Él dice que sabe que estás aquí.

—Vaya, el doctor Kung se pone pesado... —Paul tomó el receptor—. Doctor Kung, le habla Riviere...

—Ya imaginé que se desharía también del hombre que le envié.

En aquel momento el chino a quien se referían se iba a levantar, pero Bruno le soltó otro puñetazo entre los dos ojos, enviándolo a la alfombra.

—Su hombre tiene sueño atrasado, doctor Kung. Sólo piensa en dormir.

—Admito que es usted un enemigo de cuidado.

—Gracias, doctor Kung.

—Pero ya va a dejar de serlo... Usted acudirá a la cita que yo le voy a dar.

—Oh, no, doctor Kung, no puedo. Ya estoy citado con una chica

—miró a Françoise—. Y le aseguro que no la cambio por usted.

—Señor Riviere, ¿necesito recordarle que tengo en mi poder a Leyla Wong y a Sonia Belfond?

Paul tuyo la impresión de que le pasaban un hierro al rojo vivo por el cogote.

—¿Qué quiere, Kung?

—El medallón.

—Lo puede tener.

—Pero lo quiero con todo su contenido.

—Desde luego.

—A cambio, recibirá usted a las dos mujeres.

—No está mal. Es un buen negocio...

—Usted y su amigo acudirán al lugar que yo les voy a señalar...

—No, doctor Kung. Iré yo solo.

—Si es así, no habrá trato. Han de venir los dos.

—¿Y qué pasa si no vamos?

—Es usted un ingenuo al preguntarlo. Mataré a las dos muchachas.

—Creo que no podemos hacer otra cosa que aceptar.

—Así me gusta, señor Riviere. Dentro de quince minutos usted y su amigo Nussac han de estar en el número veintiocho de la calle Hudson.

—¿Qué es esa casa?

—No le importa. Ya lo sabrá cuando esté allí.

—De acuerdo, doctor Kung, pero le voy a pedir una cosa.

—¿De qué se trata?

—Juegue limpio o mi amigo y yo le armaremos una que no olvidará mientras viva.

El doctor Kung lanzó una carcajada.

—Es usted un occidental muy simpático, señor Riviere. Recuerde, calle Hudson, veintiocho, quince minutos...

Inmediatamente el doctor Kung colgó y Paul lo hizo a continuación.

Bruno preguntó:

—¿Qué se le ha ocurrido a este bastardo?

—Probablemente convertirnos en dos gigantes, a base de tirar de nuestras piernas y de nuestros brazos. O quizá, para variar, quiere achantarnos. Recuerda lo que le dijo a Leyla. Era un especialista en atormentar a las personas... Debemos llevarle el medallón y él nos dará a cambio a las dos muchachas.

—No habrá cambio. Se quedará con todo. Con el medallón y con las chicas.

—Ya lo supongo.

Bruno chascó los dedos.

—Tengo una idea. Pediremos ayuda a las autoridades.

—No seas tonto. Kung debe tener contactos en todas partes. Recuerda que estamos en su tierra. Sólo lograríamos una cosa. Poner en peligro la vida de las chicas.

—Entonces, ¿qué es lo que aconsejas?

—Ir allí.

—Eh, Paul, yo sólo tengo una cabeza.

—Eso te pasa por ser hombre. Yo tengo dos. Lo que pasa es que la otra me la dejé en París.

—Déjate de chistes.

—Tú hiciste el chiste.

Bruno señaló al chino que seguía sin conocimiento.

—Ya tengo una idea. Sustituiré a este tipo y en el momento más inesperado les meteré mano.

—Ya utilizamos el disfraz de chino. Además, esta vez no serviría. Las cosas no están de la misma forma.

—Eres un gran tipo dando esperanzas. Según tú, debemos entregarnos con las manos esposadas.

—Bueno, muchacho, tampoco estamos en pañales. Nuestra sección de inventos especiales nos proporcionó el último grito en armas ofensivas y defensivas, y todavía las conservamos encima.

La joven intervino:

—¿Puedo hacer algo por vosotros?

—Sí, claro. Esfúmate de

Hong-Kong

durante unos días.

—No puedo. He de atender mi negocio.

—Bueno, quizá el doctor Kung se decida a dejarte en paz, si logra echarnos el guante a nosotros... —Tomó a Françoise por la cintura y la besó en los labios—. Hasta la vista, querida.

Bruno se acercó rápidamente a Françoise y la besó en la boca diciendo:

—Hasta luego, querida.

Françoise parpadeó confusa.

—Eh, ¿es que siempre vais a medias en todo? Ninguno de los dos agentes contestó porque estaban ocupados en levantar al chino.

CAPÍTULO VII

—¿Qué es el RNA, Paul? —preguntó Bruno Nussac—. El ácido ribonucleico.

—Lo dices como si se tratase de la mantequilla con la que se untan las tostadas para el desayuno.

—Es algo más que mantequilla, un ácido que constituye la base de nuestra memoria.

—No me digas.

—Se trata de un descubrimiento bastante reciente. Se debe en gran parte a un profesor llamado Jacobson.

—¿Cómo estás enterado tú de eso?

—Olvidas que asistí a un curso de Biología hace tres meses. Tú te libraste porque estabas cumpliendo una misión en Canadá...

—Oh, sí, ahora el comandante quiere que sus pollos sepan cómo pudieron salir del huevo... Debemos ser una especie de enciclopedias.

—Es importante para nuestro trabajo.

Paul conducía un auto de alquiler.

En el asiento posterior viajaban Bruno y el chino, a quien habían dejado otra vez sin sentido para que no molestase.

—Bueno, muchacho, explícame eso del RNA y de la memoria.

—El profesor Jacobson hizo experimentos con cierta especie de gusanos que se devoran unos a otros cuando hay escasez de alimentos. Viven en el agua y tienen unos asombrosos poderes de regeneración... Si se corta en varios trozos a uno de estos gusanos, cada uno de los trozos pueden convertirse en un nuevo ser. Jacobson y sus colegas observaron que si a estos gusanos se les entrenaba para que respondieran a una luz, este conocimiento adquirido podrían trasladarlo a cualquiera de los trozos en que eran

divididos, y que posteriormente se convertían en nuevos gusanos.

—¿Quieres decir que la memoria de uno se pasaba a otro?

—Exacto.

—Asombroso.

—Más tarde, el profesor Jacobson y sus colegas utilizaron ratas en vez de gusanos. Entrenaron por separado dos grupos de ratas, uno respondía a un sonido y el otro a una luz... Se trajo RNA o sea, el ácido ribonucleico de uno y otro grupo y se inoculó en ratas que no habían sido adiestradas. Esas ratas inoculadas respondieron como si ya hubiesen sido entrenadas con anterioridad... Con ello, llegaron a la conclusión de que el saber podía ser trasladado de un ser a otro mediante una aguja hipodérmica.

—Demonios, ¿quieres decir que, según el mensaje que puso Huang en el medallón, el secretario de las Naciones Unidas va a ser inoculado con el RNA de otra persona?

—Ni más ni menos.

—Y entonces, el secretario de las Naciones Unidas pensará y actuará como la persona a la que haya pertenecido el RNA.

—Premio, Bruno.

—Ahora comprendo por qué le dije a Françoise que sería desastroso para el mundo.

—Sí, Bruno, podemos estar seguros de que sería así.

—Oye, ¿qué te parece si nos detenemos y mandamos una carta al jefe?

—Serviría para muy poco. El jefe no nos creería. Además, no está en su mano impedir que al secretario de las Naciones Unidas lo inoculen. Recuerda que la sede de la ONU está en Nueva York, y allí tenemos a nuestros queridos colegas del FBI, y de la CIA. Actualmente nuestras relaciones con Estados Unidos no son buenas. Pensarían que se trata de una broma o de un plan preconcebido para desairarlos ante el secretario de la ONU.

—Entonces, ¿cuál es la solución?

—Te lo diré más tarde. Ahora olvídate de eso. Es nuestra vida la que está en peligro...

Ya hemos llegado. Éste es el número veintiocho de la calle Hudson.

Paul arrimó el auto al bordillo de la acera y saltó por la portezuela.

Bruno sacó al chino pegándole empujones.

El lugar estaba muy mal iluminado y olía a infiernos.

—Eh, parece un cafetín —dijo Paul.

Entraron en el local.

El chino ya se había repuesto y obedecía las órdenes de Paul porque quizá creyó que había llegado la hora de su liberación.

Un chino de piel arrugada y con barba muy larga, apartó unas cortinas de canutillo y se dejó ver.

—Por aquí, honorables caballeros... —dijo invitándolos con la mano.

Pasaron al interior y Paul se dio cuenta de que se trataba de una puerta secreta.

Entonces, se encontraron en un fumadero de opio.

Bruno se tapó las narices. Tenía motivos para ello.

Aquello era lo más parecido a un estercolero. Había una doble hilera de camas a un lado y a otro.

Algunos tipos parecían estar en éxtasis mientras chupaban de la larga pipa.

La atmósfera estaba llena de un humo y tenía un sabor dulzón, mezclado con el olor a sudor.

—Se me va a remover el estómago si no salimos pronto de aquí —dijo Bruno.

El viejo chino que les antecedió rió por lo bajo.

Cruzaron otra puerta y encontráronse en una oficina.

Allí estaba el doctor Kung con dos de sus sicarios que portaban pistola.

—Buenas noches, caballeros. Ya veo que tiene palabra, señor Riviere. Le felicito.

—¿Por qué no se deja de pamplinas y vamos al grano?...

—De acuerdo, señor Riviere, iremos al grano... Primero, levanten las manos.

—¿Para qué?

—Tienen que ser despojados de sus armas.

—Oiga, no hemos venido aquí a jugar a policías y ladrones... Le traigo el medallón y usted me tiene que dar a las dos mujeres. ¿No fue ése el trato?

—Sí, ése es el trato.

—¿Dónde están las dos chicas? Yo no las veo.

—Soy yo quien pone las condiciones de este juego, señor Riviere. Primero tienen que dejarse desarmar y luego verán a sus amigas.

Paul hizo una señal a Bruno.

Los dos levantaron los brazos.

El chino que había vapuleado se apresuró a quitarles las pistolas que puso sobre la mesa.

—Bien, señor Riviere —dijo Kung—. Ahora entregue el medallón.

—Primero haga entrar a las chicas.

El doctor Kung se echó a reír.

—Cualquiera diría que está enamorado de las dos.

—No le extraña. Yo me enamoro de todas. En París me llaman Paul *el de las Cien Novias*, y todavía se quedan cortos.

—Es demasiado sentimental.

—En eso tiene usted razón. No puedo vivir sin una boca femenina que me consuele.

El doctor Kung hizo chascar los dedos.

Entonces, se abrió una puerta.

Leyla Wong y Sonia Belfond estaban a la otra parte, custodiadas por dos hombres que manejaban metralletas.

Ellas, al ver a Paul y a Bruno, fueron a salir, pero los dos centinelas se lo impidieron poniendo las armas delante de las jóvenes.

—Bien, señor Riviere, ¿quiere sacar ahora el medallón? —dijo el doctor Kung.

—Con mucho gusto.

Paul sacó el paquete que había vuelto a atar con el hilo, y lo puso encima de la mesa.

El doctor Kung deshizo el paquete y tomó el medallón.

Lo presionó como había hecho Paul por distintos lados hasta encontrar el resorte.

Entonces el papel cayó sobre la mesa.

Kung lo tomó y leyó su contenido.

—Agente Riviere, ¿sabe usted lo que dice el mensaje?

—Usted no me ha dado tiempo a enterarme de nada. Le eché un vistazo, pero no poseo conocimientos de chino.

El doctor Kung se echó a reír.

—Sí, usted no conoce el chino, pero había otra persona que sí lo sabía.

Dio una palmada y se abrió otra puerta a la derecha.

Por el hueco no se vio a nadie, pero oyóse un gemido.

Paul caminó hacia allí y se asomó en la habitación.

Tendida en el suelo, de bruces, vio a Françoise, la cual tenía la espalda desnuda y había sido azotada.

—Françoise —dijo.

La joven volvió la cabeza. Su cara estaba llena de sudor.

—Me atraparon en cuanto os fuisteis...

Paul se volvió lleno de rabia.

—Doctor, ya tiene usted lo que quería. Déjenos marchar inmediatamente.

El doctor Kung se echó a reír estremeciendo los hombros.

—Ustedes, los occidentales, nunca podrán comprender.

—¿Qué es lo que debemos comprender?

—Señor Riviere, la secta a la que yo pertenezco, la del Escorpión Dorado, está reglamentada por ciertos principios. Uno de ellos dice: «No te fíes nunca de tu enemigo hasta haberlo destruido».

—Muy hermoso.

—Celebro que lo comprenda. Yo he de destruirlo a usted, señor Riviere... Y, naturalmente, eso incluye al señor Nussac.

—Bueno. Puede destruimos, pero deje libres a las chicas.

—Perdone, se me olvidó decirle otro de los principios de la secta: «Transige con el enemigo, pero nunca cumplas tu parte cuando hayas vencido». —¿Sabe lo que es usted, doctor Kung?

—Dígalo.

—Un canalla como una ballena de grande.

Uno de los chinos pegó un golpe a Paul en la espalda.

Riviere se desplomó sintiendo que se quedaba sin respiración.

Bruno quiso defenderlo, pero a él también le pegaron un culatazo en el estómago y cayó de rodillas.

Leyla y Sonia gritaron desde la habitación vecina.

Paul sacudió la cabeza para reponerse.

El doctor Kung estaba frente a él, sonriente.

—He de marcharme. Mi misión ha concluido. La carrera fue larga, pero al fin me retiro con la victoria. Debo confesar que ustedes fueron dignos rivales. Por ello, he ordenado que su muerte

sea rápida. Es así como recibirán el premio que merecen. He ordenado que les sirvan una ración de plomo caliente. Espero que puedan llegar al infierno sin ningún contratiempo.

Se dirigió hacia la puerta por donde los agentes habían llegado. Y antes de salir se volvió diciendo:

—Hasta nunca, caballeros.

El doctor Kung desapareció hacia el fumadero de opio, seguido por el chino que Paul y Bruno había vapuleado en la oficina de Françoise.

Paul miró por el rabillo del ojo a Bruno.

Lo vio en muy malas condiciones, boca arriba. No era normal que estuviese así.

El golpe en el estómago debía de haber sido brutal.

Y lo malo era que en aquella ocasión necesitaba su apoyo.

—Me ahogo —dijo y se llevó las manos al cuello.

Justo en el nudo de la corbata guardaba una pequeña bomba de gas.

Era el último hallazgo de la sección de Inventos de la Investigación Estratégica. La pequeña bomba estallaba con una gran potencia, desparramando un gas de efectos fulminantes. Pero no era mortal. Sólo sumergía a las víctimas en un sueño profundo.

Bruno empezó a incorporarse.

Bien, ya podía contar con él.

Pero Bruno hizo algo inesperado. Se arrojó sobre uno de los verdugos, a quien logró atrapar por el cuello antes de que éste pudiese usar el arma.

Paul secundó a su amigo volando hacia el otro tipo.

De la habitación vecina llegó una ráfaga de plomo, pero el tipo sólo había hecho fuego para amedrentar a los prisioneros.

Paul supo que la pelea tenía que ser rápida. Una vacilación y les costaría la vida.

Golpeó en la cabeza al chino que le había tocado en turno.

Luego, le quitó la pistola.

En la fracción de segundo siguiente estaba disparando contra los tipos de la metralleta.

Los dos se contorsionaron como muñecos.

Uno de los dos trató de usar el arma, pero los proyectiles picotearon en la pared.

Bruno todavía no se había desembarazado de su enemigo, pero ahora le estrelló la cabeza contra el suelo, y lo dejó sin conocimiento.

—Bruno —gritó Paul—. Trae a Françoise.

—Aquí estoy —dijo Françoise saliendo de la habitación.

Paul se apoderó de las dos metralletas y arrojó una a su compañero.

—¿Quién quiere esta pistola?

—Yo —dijo Leyla.

Paul le tiró la pistola que la china-francesa cazó al vuelo.

Luego, se encaminaron al fumadero de opio.

El viejo había desaparecido, pero los viciosos continuaban en su cama, como si nada hubiese ocurrido.

Llegaron hasta la puerta de la calle y, de pronto, sonó una ráfaga.

La puerta fue astillada por las balas.

Luego, Paul dio un salto y salió a la calle.

Estaba disparando un tipo detrás de un auto.

Paul le envió la respuesta.

El sujeto dio un salto en el aire y allí fue atrapado por un enjambre de balas.

Un coche envió sus focos a la derecha tratando de cegar a Paul.

Éste hizo funcionar otra vez la metralleta.

Los dos faros del coche saltaron en pedazos.

Un muchacho apareció por detrás del auto para utilizar una pistola, pero Paul lo fulminó con una rociada.

Bruno ya estaba al lado de su amigo y llegó muy a tiempo porque por un callejón de la izquierda aparecieron tres tipos corriendo. Los tres portaban armas.

Bruno movió la metralleta mientras apretaba el disparador.

Los tres fulanos se derrumbaron entre aullidos de muerte.

—¡Al auto, muchachas!... —gritó Paul.

Las jóvenes salieron de la casa.

Luego llegó el turno a Bruno y a Paul.

Bruno se puso al volante porque le pillaba más cerca y echó el auto a correr.

—Dios mío, nos siguen —exclamó Leyla—. Son tres coches.

Otro vehículo salió por la izquierda y sus ocupantes escupían

plomo hacia los fugitivos.

—Ya son cuatro —dijo Paul Riviere.

—Eh, yo no conozco estas calles —dijo Bruno.

—Es lo que nos faltaba.

Bruno empezó a meterse por calles estrechas, pero siempre iban a parar al mismo sitio.

Los coches de sus perseguidores se dispersaron por las callejuelas, quizá para combinar sus fuerzas.

De esa forma, quizá alguno de ellos lograría atrapar de frente al vehículo perseguido.

Entonces, se probó que Bruno era un gran conductor.

Por tres veces consecutivas, cuando su auto iba a chocar contra uno de los enemigos, lo burlaba haciendo un quiebro.

El resultado fue sorprendente.

Uno de los coches, tras una de aquellas acometidas, se precipitó sobre el que venía detrás.

Se produjo un tremendo choque seguido de una explosión.

Los viajeros de ambos vehículos salieron envueltos en llamas.

—¿Qué te parece, Paul? —rió Bruno—. ¿Te gusta el espectáculo?

—Lo mejor que he visto. Para presentarlo en el Bosque de Bolonia.

Bruno aprovechó la oportunidad para salir de aquel laberinto.

Ya habían dejado de seguirlos.

—Vencimos, muchachos —exclamó Sonia alborozada.

—Bruno, vamos derechos al consulado americano.

—Sólo hace falta que me digas dónde está.

Paul ya había desplegado un mapa de Hong-Kong sobre sus piernas y pudo informar a su amigo.

Poco después, llegaron al edificio que era su meta.

Los dos agentes y las tres jóvenes salieron del auto y entraron en el consulado.

Paul se dirigió a un empleado de cabello blanco y nariz aguilina.

Le presentó su credencial.

—Necesito hablar inmediatamente con el cónsul americano.

—Lo siento, pero eso no puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque el cónsul está en California.

—¿Quién lo suple?

—Yo, Noel Murray.

El empleado miró a las personas que acompañaban a Paul Riviere.

—Se nota que vienen de alguna fiesta.

—Sí, no se puede imaginar lo divertida que resultó.

—Me alegro mucho. Yo me dispongo a asistir a la que el cónsul británico ofrece a los residentes americanos.

—Oiga, señor Murray, me temo que tendrá que cancelar su compromiso.

—¿Por qué he de hacerlo?

—Por un asunto de la mayor gravedad.

Murray hizo pasar a Paul a un despacho.

—¿A qué se refiere, señor Riviere?

—Al secretario de las Naciones Unidas.

Noel Murray parpadeó.

—¿Cómo dice?

—Verá, señor Murray. Existe una secta llamada del Escorpión Obrado. ¿Ha oído hablar de ella?

—Oh, sí, las sectas. Todos mis compatriotas que llegan a Hong-Kong me preguntan por ellas... Ellos esperan encontrarse en Hong-Kong algún tipo parecido a Fu Manchú.

—Yo conozco a uno.

—¿Y quién es?

—El doctor Kung.

—Muy bien. Déjame la dirección del doctor Kung y así lo podré presentar a mis curiosos compatriotas.

—Oiga, señor Murray, le estoy hablando en serio. La secta del Escorpión Dorado quiere inocular al secretario de las Naciones Unidas el RNA. ¿Sabe lo que es?

—No me diga que se trata de un equipo de *rugby* que usted va a crear. Pero si es así, cuente con una aportación de cinco dólares. Soy un amante del *rugby*.

—Señor Murray, el *rugby* no tiene nada que ver con el RNA. Se trata del ácido ribonucleico. Según los últimos descubrimientos, es

la base de nuestra memoria. —Caramba, la ciencia es algo grande— dijo Noel Murray, un poco molesto porque empezaba a creer que su interlocutor no era una persona normal.

Paul se armó de paciencia.

—Tiene usted que ponerse en contacto con el presidente de Estados Unidos.

—El presidente de Estados Unidos —repitió Noel Murray más sorprendido todavía.

—O el secretario de Estado. O el jefe de la CIA.

—Y dígame, ¿para qué tengo que hablar con esos señores?...

—Para que impidan que el doctor Angus Cromwell, de Nueva York, inocule al secretario de las Naciones Unidas el ácido ribonucleico. ¿Me hago entender?

—Oh, sí, desde luego. Lo entiendo perfectamente. Es usted un hombre que habla la mar de claro. ¿Qué le parece si viene otro día y me sigue hablando del asunto?

Paul cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—Señor Murray, no estoy bromeando.

Murray le dio unas palmaditas en la espalda.

—Señor Riviere, le aseguro que, en la primera oportunidad que tenga, hablaré con el presidente de Estados Unidos. Puede estar tranquilo. Al secretario de las Naciones Unidas no le va a pasar absolutamente nada.

Paul hizo rechinar los dientes y salió del despacho pegando un fuerte portazo.

Se reunió con sus amigos.

—No hubo nada que hacer, muchachos... Vámonos de aquí.

—Conque no te creyó, ¿eh? —repuso Bruno.

—En absoluto.

—No lo recrimino. ¿Quién va a creer semejante cosa?

—Sólo hay un medio de solucionarlo, Bruno.

—¿Cuál?

—Nosotros hemos de ir a Nueva York...

—Sí, me temo que ésa es la solución. Pero ¿qué hacemos con las tres chicas? No podemos dejarlas aquí. Los del Escorpión Dorado se harían cargo otra vez de ellas...

CAPÍTULO VIII

Bruno Nussac contempló el edificio del Empire State a través de la ventana. Se volvió diciendo:

—Señoras y caballeros, se encuentran ustedes en la ciudad que se ha comparado con un dragón de doce cabezas.

Sonia Belfond, que estaba sentada en un sillón con las piernas cruzadas, dijo:

—Bruno, no me hables de dragones. Me hacen recordar al doctor Kung.

Estaban alojados en el hotel Juno, donde tomaron dos habitaciones, pero se habían reunido en la de las tres muchachas.

Era una conferencia de alto estado mayor.

Paul Riviere paseaba de un lado a otro de la estancia, fumando un cigarrillo.

—¿Admites sugerencias? —preguntó Bruno.

—Desde luego.

—Llama al jefe.

—No adelantaremos nada. Ya hablamos de eso.

—Quizá las cosas no ocurran como tú crees y él tenga influencia bastante para alertar a la CIA.

—Muy bien, gran hombre. Haré la llamada al jefe.

* * *

El comandante Ferniot estaba muy ocupado. Examinaba una revista de mujeres en bikini. Eran los nuevos modelos de la temporada y él debía estar bien informado acerca de todas las materias.

Estaba pensando en lo que pasaría si a alguno de sus agentes le surgía en el camino la pelirroja que estaba viendo. Poseía unas medidas excepcionales, y los dos trozos de tela que cubrían su desnudez, uno arriba y otro abajo, podían caber juntos en un dedal.

Demonios, ¿qué haría él con la pelirroja si se la encontrase en su camino?

No pudo contestarse porque en ese momento sonó el interfono.

—Diga, Jean...

—Conferencia de Nueva York por el número cuatro.

—¿A quién tenemos en Nueva York?

—Dice que le va a hablar Jerry Lewis.

—¿Jerry Lewis?... ¿Se refiere al actor de cine?

—Sí, señor. Pero la voz no es de Jerry.

—¿De quién es la voz?

—De Paul Riviere.

—No puede ser... Paul Riviere está en

Hong-Kong.

—¿Puedo recordarle el penúltimo trabajo de Paul, comandante?... Lo envió con una misión al Océano Glacial Ártico y habló con usted desde Honolulu.

—Está bien, Jean —dijo el comandante y cercó el circuito, atrapando a continuación el teléfono número cuatro—. ¿Quién está ahí...?

—Paul, señor...

—¿Qué hace en Nueva York, infiernos?... Y no me diga que se equivocó de avión...

—No, señor. Estuve en

Hong-Kong

y allí las cosas se pusieron muy mal, pero logramos nuestro objetivo.

—Comprendo. Terminó su misión y decidió tomarse unas vacaciones por su cuenta...

—No, no es eso, jefe...

—¡Termine de una vez, maldita sea!... No puedo dedicarle toda la mañana... Tengo un trabajo importante entre manos —el comandante dirigió una mirada lánguida a la pelirroja del bikini.

—Bueno, jefe, ahí va... Van a inyectar al secretario de las Naciones Unidas...

—Está griposo, ¿eh?... —dijo el comandante, que ahora contemplaba el busto de la modelo.

—No, no es nada del pecho.

El comandante dio un respingo mirando el micro, como si quisiera cerciorarse de que el agente Paul Riviere no lo estaba mirando por allí.

—¿De qué diablos habla, señor Riviere?

Llegó un suspiro del otro lado del cable.

—Al secretario de las Naciones Unidas le van a inocular RNA.

—Oiga, Paul, ¿está chiflado?... ¿Qué me importa a mí que vayan a fortalecer con vitaminas al secretario de las Naciones Unidas...? Es lógico que lo hagan porque su cerebro está sometido a un trabajo intensivo.

—Jefe, el RNA es el ácido ribonucleico, la base de nuestra memoria... Por cierto, jefe, que podía inyectarse usted unas cuantas dosis.

—¿Qué broma es ésta...?

—Perdón, jefe. Lo que trato de decirle es que, si inyectan al secretario, de las Naciones Unidas, pensará de distinta forma a como piensa ahora, por la sencilla razón de que el RNA que le van a inocular lo han sacado de otra persona.

—¿Quiénes lo han sacado...?

—Los de la secta del Escorpión Dorado... Era la clase de mensaje que contenía el célebre medallón con la cigüeña, y la razón por la cual Bruno Nussac y yo nos vinimos a Nueva York con las tres chicas...

—¿Ha dicho tres chicas...?

—Sí, jefe.

—¿Es que va recogiendo a todas las mujeres que se encuentra en su camino...?

—Poco más o menos, yo diría que es así... Comandante, tiene que buscar la colaboración de la CIA.

—¿Eh...?

—La CIA, ya sabe, la Agencia Americana de Información.

—Sé perfectamente lo que es la CIA. Pero ¿cree usted que yo también me he vuelto loco...? ¿De dónde ha sacado la estúpida idea de que van a inocular al secretario de las Naciones Unidas...? ¿Qué historia es esa del RNA...? Debe estar confundido, Paul. El RNA debe

ser un nuevo servicio de investigación de los chinos...

—No, jefe, es el de la fórmula del ácido ribonucleico.

—Podría ser también lo que yo digo o cualquier otra cosa... Además, yo no puedo hacer lo que usted me pide... Sería estúpido, absurdo...

—Ya lo suponía.

—¿Qué es lo que suponía...?

—Oh, nada, jefe. Que debo obrar por mi cuenta.

—Oiga Paul, le prohíbo que haga eso.

—¿Qué cosa, señor...?

—Cualquier cosa que haya decidido hacer...

—Pero, señor, no podemos permitir que al Secretario de las Naciones Unidas le inyecten...

—Bueno, el mundo no puede estar peor de lo que está y, quizá así se arregle...

—¿Cómo decía, señor...?

—Oh, nada. Era un comentario que me hacía a mí mismo. Pero mi orden es tajante, Paul... Apártese de ahí. Tome el primer avión para París.

—¿Y qué hago con las chicas...?

—Naturalmente, las dejará en Nueva York. No podemos hacernos cargo de un equipaje de esa clase...

—Disculpe, señor. Pero, si hago tal cosa, ellas caerán en manos de la secta del Escorpión Dorado...

—¡Paul, ya le he dicho lo que tiene que hacer!... Lo espero esta noche en París... ¿Lo entiende bien?... ¡Esta noche!

—Sí, señor.

—Ahora, déjeme que me ocupe de un trabajo que no admite demora...

—Sí, señor.

El comandante colgó de golpe y quedóse observando a la pelirroja. Finalmente alargó la mano y abrió el circuito del interfono.

—Jean...

—Diga, señor...

—Quiero que investiguen la dirección de una tal... —aproximó la cara al nombre de la pelirroja, que estaba en letras muy pequeñas —. Nicole Garson... Trabaja como modelo para la revista *Galante* y,

según mis informes, es una mujer bastante peligrosa...

* * *

Paul Riviere colgó y dijo:

—Ya lo conseguiste, Bruno...

—¿Cuál fue el resultado?

—Hemos de estar en París esta misma noche...

—Eso no puede ser...

—Fue la orden del jefe. No creyó la historia y, si pudo admitirla en mente, no fue bastante para que ponga en guardia a nuestros queridos colegas de este hermoso país... —Estás bien, a casita— dijo Bruno frotándose las manos. —Al fin y al cabo, tenemos nuestra conciencia tranquila. Debemos obedecer, ¿no crees, Paul...?

—No, Bruno, no tendríamos la conciencia tranquila si le llegase a ocurrir algo al secretario de las Naciones Unidas.

—Lo malo es que tienes razón —asintió Bruno con un gesto de tristeza.

—Quédate aquí, me voy...

—¿Adónde, Paul?

—Haré una visita al doctor Angus Cromwell.

—Pero ése es el tipo que ha de inyectar al secretario.

—Por eso mismo quiero verlo... No te muevas de aquí y vigila a las chicas.

CAPÍTULO IX

El doctor Angus Cromwell tenía montado su gabinete en un edificio de los caros.

Todo resultaba lujoso en el vestíbulo.

Paul había conocido la dirección por medio de la guía telefónica, de modo que pudo decir al pelirrojo que manejaba al ascensor que lo llevase a la planta decimotercera.

Mucho más impresionante era la sala de espera del doctor Cromwell. Y eso era debido, a juicio de Paul, a la recepcionista, una rubia platino que lo miró con las cejas enarcadas al verlo llegar.

—Perdone, ¿tiene hora?... —preguntó la bella.

—No.

—Pues entonces tendrá que volver otro día, señor...

—Paul Riviere.

La joven ya estaba consultando un calendario de mesa.

—¿Le viene bien el jueves a las cinco de la tarde, señor Riviere?

—No.

—¿El viernes a las once...?

—No.

—Lo siento, pero...

—Esta noche —la interrumpió Paul—. Quiero decir que esta noche usted y yo podríamos cenar juntos cuando termine un negocio que llevo entre manos.

La joven parpadeó confusa.

—Oiga, ¿no viene usted para que lo atienda el doctor Cromwell?...

—Oh, sí, qué memoria la mía... Ya lo había olvidado.

—Y yo le estaba diciendo que tendrá que esperar a la semana próxima.

Paul chascó la lengua y echó una ojeada al nomenclátor de mesa. La chica se llamaba Pamela Lee.

—Verá, señorita Lee, salgo hoy para París... ¿Lo comprende?... No puedo esperar... Hace apenas una hora me dio un ataque al hígado...

—Perdone, señor Riviere, pero tengo la impresión de que ha venido usted aquí equivocadamente...

—¿Sí?...

—El doctor Cromwell es neurólogo.

—Justo lo que yo necesito.

—Pero acaba de decir que lo que tenía estropeado era el hígado...

—Eso es consecuencia del *whisky*... Pero lo importante es lo de mi cabeza... No sé qué va a ser de mí... Por fortuna, me han dicho que el doctor Cromwell es una autoridad en la materia. —Desde luego, lo es.

—Señorita Lee, se trata de una emergencia, se lo aseguro... Míreme bien a la cara... ¿No me ve pálido?...

—No.

—¿Verde?...

—Yo diría que su color de cara es magnífico, señor Riviere.

Ahí lo tiene. Mi color de cara es magnífico y, sin embargo, mi cabeza está mal... Por eso necesito a uno de los mejores especialistas... Por favor, tiene que hacerse cargo de mi situación... Imagínese que durante el vuelo de esta noche a París... No quiero ni pensarlo.

—Espere, señor Riviere, lo consultaré con el doctor...

—Gracias, señorita Lee. Es usted muy amable.

La rubia platino se dirigió hacia la puerta del fondo.

Paul tuvo oportunidad de examinar sus piernas, sus caderas, su cintura... Demonios, el doctor Angus Cromwell había sabido elegir a una recepcionista con carrocería de lujo... Claro, ¿por qué no, si era un tipo que inyectaba a las primeras personalidades del mundo?... ¿No iba a contar entre sus pacientes al secretario de las Naciones Unidas?

La joven estuvo ausente un par de minutos.

Volvió y mantuvo la puerta abierta.

—El doctor ha decidido recibirle... Tiene suerte porque un

paciente no llegó a su hora.

Paul llegó ante la rubia.

—Todavía no me ha contestado con respecto a la cena de esta noche, Pamela.

—Señor Riviere, ¿debo recordarle que usted estará esta noche en vuelo hacia París?...

—Sí, pero ¿qué le impide que usted viaje conmigo?

—Señor Riviere, será mejor que entre cuanto antes a que mi jefe le examine la cabeza...

—Con mucho gusto —dijo Paul y, tras dirigirle una sonrisa, entró en el despacho. El doctor Angus Cromwell estaba sentado tras una larga mesa. Frisaba en los cincuenta años de edad. Poseía un cráneo con muy poco cabello, unos ojos saltones que defendía con lentes de alta graduación y una nariz ganchuda como el pico de un águila.

—Siéntese, señor Riviere.

Paul ocupó un sillón de cuero frente al doctor.

—Le escucho, señor Riviere, aunque debo advertirle que debe ser lo más conciso posible... También agregaré que, dadas las circunstancias de su inmediato viaje, sólo podré facilitarle un tratamiento provisional... Le aconsejo que, cuando llegue a París, consulte a su doctor.

—Sus consejos son buenos, doctor... Pero no me van a servir de nada.

—¿Cómo?...

—Sufro de pérdida de memoria...

—Si es así, su caso sería tan grave que le recomendaría cancelarse su viaje a París.

—Pero, usted puede darme un tratamiento que haría innecesaria la cancelación... Bastaría con que me inyectase RNA.

—¿Qué...?

—Ácido ribonucleico de otra persona que tuviese una memoria superior a la mía... Los ojos del doctor se entornaron, respiró profundamente y apoyó la espalda en el respaldo.

Hizo crujir las junturas de los dedos y sonrió.

—¿Es usted médico, señor Riviere?...

—Oh, no, de ninguna forma.

—Está usted muy informado respecto a la medicina.

Me gusta leer esas revistas que ustedes, los doctores, tienen en las salas de espera. Y, naturalmente, me interesan en especial los adelantos que se refieren a mi dolencia...

—Pero el experimento que usted ha citado está en sus comienzos, señor Riviere. Hasta ahora no tiene ninguna aplicación práctica...

—Oh, sí, se refiere usted a los experimentos del doctor Jacobson. Plasta ahora sólo utilizó gusanos y ratas... Pero yo imaginé que, quizá alguien se hubiese atrevido a hacerlo con los hombres, puesto que los resultados con animales han sido bastante convincentes...

—No, señor Riviere. Hasta ahora no conozco ningún caso en que se haya realizado el experimento con seres humanos...

—¿Y no se va a realizar dentro de poco?...

—No, desde luego, que yo sepa.

Paul se puso en pie y, acercándose a la mesa, apoyó en ella las dos manos. Sus ojos estaban fijos en la cara de Cromwell.

—Fuera la careta, doctor... Usted va a realizar esa clase de experimento con un ser humano... Con el secretario de las Naciones Unidas.

El doctor ni siquiera parpadeó.

—Señor Riviere, su caso es muy interesante.... —¿Usted cree?...

—Lo tendré que estudiar a fondo, pero necesito su historial clínico.

—Déjese de tonterías, doctor. Le dije que fuera la careta... Usted es un miembro de la secta del Escorpión Dorado...

—¿Qué es eso, señor Riviere?...

—No se haga de nuevas. Lo sabe perfectamente. ¿Quién le da a usted las órdenes?... ¿El doctor Kung? ¿O hay alguien por encima de él?...

—Fascinante... Le voy a hacer un ruego, señor Riviere... No se marche, deje que yo estudie con tiempo.

—Oh, sí, me quedaré y usted me mandará a los loqueros, me encerrará en una hermosa celda y allí me inyectará RNA que habrá sacado de un mono... Apuesto a que me deja marchar en cuanto me limite a comer plátanos y a rascarme los sobacos.

—Es usted muy ingenioso, señor Riviere.

—¿Cuándo va a inocular al secretario de las Naciones Unidas?...

El doctor se echó a reír.

—Dígamelo usted, señor Riviere.

—No, yo no se lo puedo decir porque no lo sé. —Paul hizo una pausa—. Levántese...

—¿Para qué?

—Me va a acompañar.

—¿Adónde quiere que lo acompañe?...

—A la CIA.

—¿A la CIA?

—Sí, y una vez allí, va a soltar toda la historia.

—Señor Riviere, le ruego que se tranquilice... Ahora mismo le doy un par de comprimidos...

—¿Veneno, doctor?

Oh, no, sólo es un sedante.

Paul dio la vuelta a la mesa y, atrapando al doctor por las solapas, dio un tirón. Luego dijo, acercando mucho su cara a la del neurólogo:

—Doctor, le he dicho que va a venir conmigo... ¿O prefiere hacerlo con la nariz partida?

—No se excite. Iré con usted.

—Así me gusta, que sea buen chico...

Paul empujó al doctor hacia la puerta y él fue detrás.

De pronto, el doctor se detuvo.

—Señor Riviere, imagino que se dará cuenta de lo que está haciendo...

—No tengo la menor duda.

—Estoy acostumbrado a tratar toda clase de enfermos y procuro ser benévolo con ellos, pero usted está llevando las cosas demasiado lejos, señor Riviere...

—¡Fuera!...

—Está bien. Iré con usted, pero recuerde que le he hecho una advertencia.

El doctor Cromwell abrió la puerta y salió a la sala de espera, seguido de Paul. Pero éste sólo llegó a dar dos pasos.

Antes, en la sala de visitas únicamente estaba la recepcionista rubia platino.

Ahora había otras personas.

Cuatro chinos.

Tres estaban sentados en sendos sillones y el cuarto se apoyaba

en la pared, junto a la puerta.

—Eh, señorita Lee —dijo Paul—. ¿Qué pasa hoy en Nueva York?... ¿Se desató la fiebre amarilla?...

La joven parpadeó y dijo al doctor:

—Son nuevas visitas, doctor.

—Le apuesto doble contra sencillo a que todos llegaron al mismo tiempo —dijo Paul.

—¿Cómo lo sabe?...

—Intuición, nena —dijo Paul y echó mano a la pistola.

También los chinos quisieron demostrar que tenían facilidad para sacar el arma.

Pero Paul les sacó mucha ventaja.

—Todo el mundo quieto, o no dejo un chino para contarlos.

Los cuatro orientales inmovilizaron los brazos.

—Eh, ¿pero qué pasa aquí? —dijo la joven.

—¿De verdad no lo sabe, Pamela? —preguntó Paul.

—No comprendo una palabra... Doctor Cromwell, ¿quiere usted explicármelo?

—Es la mar de sencillo, señorita Lee. Se nos metió un loco en la consulta.

—Malo, doctor —dijo Paul y le golpeó con el cañón del revólver en la barbilla.

El doctor se tambaleó y la joven dio un grito:

—Es usted un salvaje, señor Riviere. ¿Por qué le pega?...

—Porque ha sido un chico muy malo. Fíjese con qué compañías se reúne... Eh, ustedes, los chinitos, al gabinete todos... Pero vayan dejando las armas de uno en uno en esa mesa... Vamos, aprisa, quiero ver como se mueven...

Los chinos fueron dejando las pistolas sobre la mesa y cruzaron frente a Paul.

Cuando entró el último, Paul cerró la puerta.

—Andando, doctor, y mueva las piernas aprisa...

Pamela continuaba sorprendida.

Paul se detuvo ante ella y la besó en los labios.

Fue fatal para él porque en ese momento se abrió la puerta que comunicaba con el corredor y una voz dijo:

—Tire esa pistola, señor Riviere o le desparramo los sesos.

Paul volvió la cabeza.

El que lo había amenazado era también un chino y portaba una «Beretta».

El oriental hizo un gesto amenazador y el agente francés tuvo que dejar caer la pistola.

Se encogió de hombros y dijo a la muchacha:

—Ya lo ves, nena, lo que un hombre puede perder por un beso.

CAPÍTULO X

El doctor abrió la puerta de su despacho.

—Salgan de ahí inmediatamente —dijo hacia el interior.

Los cuatro chinos salieron y, con mucha tranquilidad, fueron apoderándose de la pistola que les correspondía.

El de la «Beretta» dijo:

—Señor Riviere, me va a hacer el favor de acompañarme.

Pamela dijo:

—Doctor, ¿qué van a hacer estos chinos con el señor Riviere?...

—No es cuenta nuestra.

—¿Cómo?... ¿Qué dice?...

Paul comprendió que, efectivamente, la rubia platino no tenía nada que ver con aquello.

Fuera había otro chino.

—Demonios, pero ¿cuántos son ustedes? —dijo Paul.

—Va a viajar con nosotros en el ascensor.

—¿Adónde?

—Hasta el último piso... Mi amigo y yo le estaremos apuntando con la pistola en el bolsillo. Será mejor que no intente nada.

—¿Y por qué hemos de ir al último piso?...

—Queremos hablar con usted muy seriamente.

Paul apostó consigo mismo a que lo que menos querían los chinos era hablar con él.

Pero, tal como estaban las cosas, no tenía más remedio que obedecer. Volvió a ver al pelirrojo del ascensor.

En la jaula había cuatro viajeros.

—Arriba, señores... —dijo el pelirrojo.

Los dos chinos flanquearon astutamente a Paul.

El sándwich fue perfecto una vez entraron en el ascensor.

Al llegar al piso veinticuatro, salió una señora a quien se le cayó el bolso, Paul se agachó para recogerlo.

Inmediatamente, uno de los chinos le clavó la pistola en la espina dorsal.

Paul se había preparado para saltar, pero tuvo que desistir.

Se enderezó y, con una sonrisa muy amable, entregó el bolso a la señora, la cual le dio las gracias.

Llegaron a la última planta.

Uno de los chinos empujó a Paul y los tres salieron.

Paul vio como las puertas del ascensor se cerraban iniciando seguidamente el descenso.

Había quedado a solas con sus dos verdugos.

Los dos sacaron ya la pistola porque no había testigos.

Uno de ellos señaló la escalera que conducía a la azotea.

—Vamos, arriba, Riviere.

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué no?...

—Me dan vértigo las alturas.

—Basta de bromas —dijo el chino y arqueó el dedo en el gatillo.

—Trato hecho. Eso es peor que el vértigo.

Subieron por el corto tramo de escalones y salieron a la azotea.

Soplaba mucho aire.

Los dos chinos miraron a Paul y sonrieron.

—Has hecho peligrar nuestra misión. Pero ya vas a dejar de ser un obstáculo... —dijo el que no quería ser embromado.

—Estoy conforme. Mi jefe me ordenó que volviese a París inmediatamente. De modo que no se hable más del asunto... Hasta la vista.

Fue a dirigirse hacia la puerta, pero uno de los orientales le interrumpió el paso.

—Sí, Riviere, te vas a poner en marcha, pero va a ser en dirección contraria.

—No te entiendo.

—Empieza a retroceder...

—Pero ¿qué es lo que queréis?...

—Obedece o disparamos...

Paul retrocedió.

—Vuélvete... —le ordenó.

Los dos chinos se habían acercado a él.

Paul ya había llegado al parapeto que separaba la azotea del vacío.

—Súbete a lo alto, Riviere...

Paul ya había adivinado lo que los chinos querían. Eliminarlo sin hacer ruido. Cuando estuviese en lo alto del parapeto, le ordenarían que se echase de cabeza a la calle. Y si él no acataba el mandato, los propios chinos se encargarían de arrojarlo.

—Eh, muchachos, un momento...

—Arriba he dicho...

Paul puso un pie en lo alto, después el otro. Lo hizo con mucho cuidado.

Miró al fondo de la calle y cerró los ojos. Se quedó asombrado al ver lo pequeñas que eran las personas, parecían hormigas, y los coches eran como miniaturas de un pueblo infantil.

—Esperad... ¿Por qué tanta prisa?...

—Muy bien, te ayudaremos nosotros a balazo limpio.

—No hace falta que me estropeéis el traje, muchachos... Allá voy.

Se puso en pie y se arrojó sobre uno de los chinos.

Los dos rodaron por el suelo.

El otro verdugo se puso a danzar nervioso, hablando en su lengua natal. Indudablemente, decía a su colega que se apartase porque él se encargaría de emplomar a Paul.

Riviere estaba empeñado en que eso no llegase a ocurrir.

Atrapó la pistola de su enemigo y, aprovechando una de las vueltas, metió una bala en el pecho del que continuaba en pie.

Pero luego él perdió a su vez el arma, porque el chino con el que peleaba le dio un golpe en la muñeca.

Otra vez los dos se pusieron a rodar por la azotea.

En un momento determinado, se separaron.

Los dos se levantaron como impulsados por resortes.

Los ojos del chino estaban desorbitados. Abrió la boca y, lanzando un grito salvaje, echó a correr hacia Paul.

El agente francés se agachó rápidamente, y el chino saltó por encima de él y se perdió en la calle.

Paul continuó oyendo su chillido por unos instantes hasta que se apagó.

Dio un suspiro de alivio. Había ganado la batalla.

En ese momento se abrió la puerta de la azotea y empezaron a brotar orientales.

Soltó una maldición porque no tenía tiempo ni para atrapar una arma.

Por si tenía alguna duda, cuando echó a correr, sonó un estampido y la bala silbó por encima de su cabeza.

Para llegar más pronto a una esquina, tuvo que arrojar al suelo.

Eso le salvó la vida, al menos de momento.

Pero ellos lo atraparían enseguida.

Oyó voces por distintos lados. Sus enemigos se habían dividido.

La próxima esquina estaba muy lejos.

Delante vio una chimenea de la calefacción.

Corrió hacia allí, pidiendo al cielo que nadie lo hubiese visto, y se acuclilló.

Enseguida oyó las pisadas de un chino.

Asomó la cabeza y lo vio, perplejo, mirando al suelo como si pensase que él, Paul, había sido tragado por allí en virtud de algún poder mágico.

Paul fue detrás de él andando de puntillas. En ese momento el chino se volvió.

Paul le pegó un puñetazo en la mandíbula.

El chino retrocedió, levantando mucho los brazos y su pistola se fue por el aire.

Paul vio con dolor que el arma caía a la calle.

Eso dio lugar a que el chino, recuperado, saltase sobre él.

Paul recibió un terrible testarazo en el plexo solar, pero logró atrapar al chino por el cuello y lo llevó consigo.

Chocaron contra el parapeto.

Mientras Paul forcejeaba con su enemigo, vio que otros dos orientales se dirigían hacia ellos, y maldijo entre dientes.

Llegó a la conclusión de que no tenía la menor probabilidad de sobrevivir.

Pero, al menos, moriría matando.

Atrapó al chino por los pies y le pegó un envión fuerte.

El chino desapareció dando una tremenda voltereta.

Cuando fue a volverse para hacer frente a sus nuevos enemigos,

ya éstos lo habían atrapado por las piernas y lo subieron en volandas.

Se agarró al parapeto.

—No, muchachos... No seáis así... Sólo estaba bromeando con vuestros compañeros...

Vio que se iba de cabeza a la calle, pero logró agarrarse al borde, mientras seguía gritando:

—Eh, muchachos... Hay más chinos que franceses. Vosotros podéis morir unos cuantos y no se nota...

Le dieron otro empujón.

Su cuerpo se venció a la otra parte.

Pero continuaba sujeto al borde con las manos, utilizando los dedos como garfios.

Hizo rechinar los dientes.

Oyó risas y por el otro lado del parapeto vio las caras regocijadas de los chinos que le habían hecho la faena.

Los dos a un tiempo levantaron la pistola y Paul supo que le iban a golpear en los dedos con las culatas.

—Esperad un momento, muchachos... No tenéis derecho a hacerme una cosa como ésta...

Pero los dos orientales no le hicieron ningún caso.

Le golpearon a un tiempo en los dedos.

Paul fue tragado por el vacío.

CAPÍTULO XI

Paul cayó sobre un toldo.

La tela era floja y se desgarró.

Paul quedó colgando del arco de acero y miró hacia abajo.

A sus pies vio una terraza. Una señora estupenda besaba a un hombre vestido de camarero.

Una voz llegó del interior de la *suite*.

—Eh, Christine..., ¿qué ha sido ese ruido?

—Nada, maridito... Sólo es un artista de circo que estaba ensayando su número.

Paul se dejó caer al suelo y, acercándose a la mujer estupenda, le pellizcó la mejilla.

—Tu número era mejor, preciosa.

El camarero, muy servicial, se limpió con la servilleta los labios y dijo:

—¿Ha quedado servida la señora...?

—Bueno, amigo —dijo Paul dándole una palmada en la espalda a él—. Por mí podéis continuar.

Entró en la *suite*, a cuyo fondo, un tipo gordo y cincuentón, hacía gimnasia. —Eh, ¿usted es el del circo...?— preguntó.

—Casi.

—¿Sabe que mi mujer también es de la profesión...?

—Contorsionista.

—¿Cómo lo supo...? Oh, sí, debió recordarla... Y yo, ya lo ve, tratando de rebajar grasas...

—Pues continúe, amigo o le quitarán el papel en el espectáculo.

Paul dejó al gordo con la boca abierta y salió de la *suite*.

Oyó pasos que bajaban por la escalera y se fue hacia allí rápidamente.

Eran los dos chinos que lo habían arrojado al vacío.

Los dos reían y hablaban en su idioma y, Paul dedujo que el tema de su conversación debía ser su magnífica caída desde la azotea.

—No, amigos, no me convertí en una tortilla —dijo.

Los dos chinos se volvieron y quedaron unos segundos perplejos.

Paul cogió sus cabezas y las hizo entrechocar.

Luego, para reanimarlos, tiró de cada uno de ellos y los lanzó escaleras abajo.

Los chinos rodaron vertiginosamente un tramo de escalones y chocaron contra la pared.

Quedaron en muy mal estado.

Paul se fue hasta ellos y les quitó las pistolas.

Conservó una de ellas en la mano y guardó la otra en el bolsillo.

Los orientales todavía no habían quedado fuera de combate.

Paul atrapó a uno de ellos por el cuello y le estrelló la cabeza contra la pared. Luego, hizo lo mismo con el otro.

Entonces ya quedaron convertidos en dos piltrafas.

Paul descendió a la siguiente planta. Se escondió porque el ascensor estaba abierto y el pelirrojo decía:

—Pues aquí no ha sido, agente.

—Te repito que ha sido una lluvia de chinos sobre la calle —contestó una voz autoritaria—. Vamos a la azotea.

—Sí, señor.

El ascensor se puso de nuevo en marcha y Paul continuó descendiendo la escalera.

Al fin llegó a su destino, el gabinete del doctor Cromwell.

La rubia platino estaba en el suelo.

Le dio un vuelco el corazón al pensar que pudiese estar muerta. Sólo estaba sin conocimiento.

Le palmeó las mejillas y ella empezó a volver en sí.

—¿Dónde estoy...?

Paul la besó en los labios.

La joven, todavía entre sueños, dijo:

—Un poco más, por favor.

El la volvió a besar.

—Tres dólares de lo mismo —dijo ella.

Él le dio un beso con más fuerza que antes.

Al fin Pamela abrió los ojos.

—Eh, ¿qué hace usted...?

—Me dijo que la besase...

—¿Cómo se atreve...? ¡Yo no pude haber dicho semejante cosa...!

—Además, me debes tres dólares. Compraste el último beso por ese precio.

—Oh, es usted... ¿Qué pasó con los chinos...? ¡Mi jefe...! ¿Dónde está el doctor...?

Paul la ayudó a levantarse.

Los dos caminaron rápidamente hacia el gabinete del doctor Cromwell, y allí lo encontraron.

—Dios mío —exclamó Pamela al ver al doctor.

Le habían hecho un trabajo de artesanía china.

Estaba pegado a la pared y eso había sido posible porque la pared era de madera.

Lo habían atravesado con tres dagas.

—¡Cielos! —exclamó Pamela—. Utilizaron para matarlo su juego de dagas favorito. Lo compró en Italia el año pasado.

Paul estrechó contra sí a la joven.

—Valor, Pamela, valor...

Ella se apretó contra él.

Paul le levantó la barbilla y la besó.

—Serenidad, Pamela, serenidad...

—Eh, ¿qué está haciendo...?

—Consolarte —la tuteó.

—Hemos de llamar a la policía.

—Tendrás que esperar un poco.

—¿A qué tengo que esperar?

—A que me marche.

Oh, no, de ninguna forma...

—Pamela, yo también soy policía.

—No le creo una sola palabra. Es usted un embaucador, un embustero... Apuesto a que lo es.

La joven salió del Gabinete y Paul fue tras ella.

Pamela se detuvo ante la mesa de recepción y tomó el teléfono.

El la atrapó por la muñeca.

—No hagas eso, Pamela...

—Si no se va inmediatamente, me pongo a gritar.

—¿Quieres que te deje a solas con el cadáver...?

—Oh, no...

—¿Lo ves...?

—¿Quién es usted realmente...?

—Paul Riviere, agente del contraespionaje francés. Y tu jefe era un perfecto canalla...

—Señor Riviere, no se debe hablar mal de los muertos.

—Lo siento, pero lo era... El doctor Cromwell iba a inyectar al secretario de las Naciones Unidas para convertirlo en una marioneta... Trabajaba por cuenta de esos chinos que has visto... Ellos pertenecen a una secta diabólica, la del Escorpión Dorado... Descubrí sus intenciones y por eso quisieron eliminarme.

—Pero ¿por qué han matado al doctor si era amigo de los de la secta...?

—Quizá lo han eliminado porque tuvieron miedo. Me ha acompañado a Nueva York un compañero, Bruno Nussac, y él también está al corriente del asunto... ¿Te das cuenta...? Aunque acabasen conmigo, mi amigo podía haber tenido éxito... Está todo claro como el agua. Los de la secta han eliminado a Cromwell, pero ya habrán decidido que otro ocupe su lugar.

Pamela se apretó las sienes con la mano.

—Todo eso es muy complicado para mí. ¿Y si me engañases...?

—No, nena. ¿Qué iba yo a ganar con engañarte...? —dijo él y la besó de nuevo en los labios.

Ella le puso las manos en el pecho y lo apartó.

—Voy a suponer que dices la verdad... ¿Qué harás ahora...?

—Tienes que ayudarme. Es lógico que el doctor Cromwell tuviese amigos dentro de su especialidad.

—Sí, claro.

—¿En quién confiaba tu jefe...?

—En Ernest Brown, en Gordon Hattes...

—Llama por teléfono a Ernest Brown.

—¿Para qué?

—Quiero que le preguntes dónde puso el ácido ribonucleico.

—No entiendo...

—No te preocupes, que él lo entenderá. Yo estaré escuchando.

Pamela marcó un número.

Paul tomó a la joven por la cintura y acercó su cara a la de ella.

Pamela lo miró con sus grandes ojos, pero no había reconvención en ellos.

—¿Eres enfermera? —inquirió Paul.

—Sí.

—Me gustaría que me cuidases una temporada, después que este asunto termine.

—Calla.

Habían atrapado el teléfono a la otra parte.

—¿Doctor Brown? —Sí.

—Soy Pamela Lee.

—Ah, ¿cómo está, señorita Lee? ¿Qué tal le va al doctor Cromwell?

La joven hizo un mohín mirando el despacho en el que habían claveteado a su jefe como si fuese una mariposa.

—¿Cómo?

—Quiero decir que está descansando.

—Ese dormilón de Angus...

—Doctor Brown, quería hacerle una pregunta.

—¿De qué se trata?

—Del ácido ribonucleico, ¿dónde lo puso usted?

—Pero ¿de qué habla, señorita Lee?

—¿No sabe lo que es?

—Claro que conozco el ácido ribonucleico. Pero no sé por qué me hace esa pregunta...

Paul le hizo una señal con la mano, apuntando hacia el despacho.

—Se trata de mi jefe... Él me ordenó que le preguntase.

—Oiga, señorita Lee. Angus debió llegar hoy con una fuerte resaca. No comprendo una palabra.

—Bueno, no se preocupe... Ya lo aclararé. Disculpe.

—No hay de qué, señorita Lee.

Pamela colgó. Estaba sofocada.

—¿Estás ya satisfecho? Me has puesto en ridículo delante del doctor Brown.

—Sé buena y llama al otro.

—Ni hablar.

—Vamos, Pamela, recuerda lo que hicieron con tu jefe... No te

he mentido... Quizá no te des cuenta, pero entre tú y yo podemos salvar al mundo.

—El mundo es demasiado grande para los dos.

—Sí, es posible. Pero a tu lado me parece muy pequeño.

Fue a besarla, pero ella lo interrumpió.

—Está bien. Lo llamaré.

—Bravo por la enfermera eficiente.

Pamela marcó en el dial.

Esta vez tomaron el teléfono enseguida.

—¿Doctor Hattes?

—No está.

—¿Cuándo volverá?

—Se marchó hace un momento y no regresará en dos semanas.

—¿Adónde fue?

A Europa.

—Gracias.

Pamela dejó el auricular en la horquilla.

—Bien, ya se agotó el cupo de llamadas... ¿O quieres que siga llamando a todos los médicos de Nueva York?

Paul sacudió la mano.

—Está bien. Basta... Sólo tengo una solución... Ir personalmente a las Naciones Unidas.

Dio otro beso a la joven y echó a andar hacia la puerta que comunicaba con el corredor.

—¡Eh, Paul, no me puedes dejar sola! —gritó la joven—. Tú lo dijiste.

—Perdona, querida, pero el mundo peligrará si me quedo a tu lado... Ya te llamaré más tarde.

—Pero ¿qué les voy a decir a los policías cuando vengan...?

—Diles que tuviste que soportar una invasión china. —Eres odioso, Paul Riviere...

¿Cuándo hablas en serio...?

—A partir de las diez de la noche, a condición de que tú y yo estemos a solas. Entonces sabrás todo lo serio que puedo ser.

Dicho esto, Paul hizo un saludo con la mano y salió del gabinete del difunto doctor Cromwell.

CAPÍTULO XII

Paul entró en el edificio de las Naciones Unidas.

En el vestíbulo vio muchas personas. Se movían hacia un lado y otro, y las había de todos los colores.

Paul dio un respingo al descubrir a un chino, e instintivamente movió la mano hacia la axila, en donde guardaba la pistola.

El chino se detuvo ante un negro y se puso a hablar con él.

Paul dio un suspiro.

Naturalmente, no todos los chinos iban a pertenecer a la secta del Escorpión Dorado.

Preguntó a una recepcionista donde estaba el secretariado.

Recibido el informe, se dirigió hacia uno de los ascensores.

Llegado arriba, fue vomitado con un montón de personas.

Entró en una amplia sala, en donde trabajaban medio centenar de empleados.

Una docena estaban encargados de la Sección de Información.

Se dirigió a una joven de cabellos negros, muy mona, de nariz respingona.

—Usted es compatriota.

—¿Cómo lo sabe?

—Por su nariz.

—Acertó. Soy Brigitte Lindé.

—Y yo Paul Riviere... Brigitte, necesito hablar con el secretario.

—¿El secretario de qué? Aquí hay muchos.

—El de la ONU.

—¿Te refieres al secretario grande?

—Sí, al jefazo.

—Debes estar de broma... Al secretario sólo lo ven las personas que han solicitado audiencia.

—Tratándose de un caso de emergencia, imagino que no se respetarán las reglas.

—No, claro que no. Pero llamamos un caso de emergencia cuando el visitante es al menos embajador. Imagino que tú no eres embajador...

—Oye, nena... ¿Qué pasaría si te dijese que se trata de una cuestión de vida o muerte para el secretario...?

—Ya sé. Eres una de las cincuenta personas que vienen mensualmente a anunciar un atentado contra el secretario.

Paul dio un suspiro porque efectivamente era eso.

—Sí, cariño. Acertaste.

—Qué lástima —dijo ella—. Creí que eras una persona normal.

—Y lo soy. Te aseguro que peligra la vida del gran jefe.

—Muy bien, si es como tú dices, dirígete a la quinta planta. Es allí donde está la policía de la ONU.

—No es con la policía de la ONU con la que quiero hablar.

—Oye, ¿por qué no te vuelves a tu casa y tomas una ducha?

Sí, estaba claro. Lo tomaba por loco.

Entonces, Paul se inclinó sobre la joven y la tomó por el cuello.

—No grites o te estrangulo, querida.

—¡Cálmate, no gritaré!

—¿Dónde está el despacho del secretario?

—Al final del corredor, después de cruzar dos antenas.

—Gracias, monada. Y ahora, escucha este consejo: Quédate ahí quietecita y no te muevas por nada del mundo... Es cierto. Estoy chiflado y a la primera persona que me voy a cargar es a ti como abras el pico. ¿Queda entendido?

—Claro que sí. No faltaba más.

Paul sonrió a la joven enseñándole los dientes apretados y continuó su camino. En la primera antena fue detenido por un hombre de bigote recortado y ojos risueños.

—¿Qué desea?

—Ver al secretario.

—Lo siento, pero tendrá que hacer una ficha.

—A que no —dijo Paul y asomó el cañón de la pistola por el borde de la chaqueta.

Bigote Recortado vio el arma y sus ojos perdieron la alegría.

—Cielos, ¿qué va a hacer?

—Caminaré delante de mí y apartaré todos los obstáculos que salgan a mi paso hasta llegar ante el secretario. —Pero usted no puede verlo.

—¡A callar o se gana una bala!

—Sí, señor. No faltaba más.

Bigote Recortado echó a andar y Paul fue detrás de él.

Una mujer de treinta años, con aspecto de eficiencia y de haber criado a una numerosa prole por lo desarrollado de su busto, los detuvo.

—¿Qué quiere, señor Manfredini?

—Éste caballero quiere ver al secretario.

—Eso es imposible.

—Tiene que verlo, señorita Mac Gregor...

—Para ello tendrá que volar...

Paul intervino en la conversación.

—¿Por qué he de volar, señorita Mac Gregor...?

—Porque el secretario sale de Nueva York dentro de media hora. Ya debe de estar camino del aeropuerto, naturalmente.

Paul soltó una imprecación para sus adentros.

—¿Y adónde va, señorita Mac Gregor?

—A Europa.

—¿A qué parte de Europa?

—A París. Mañana tiene que pronunciar el discurso de clausura de la Conferencia de Trabajos para la Paz.

—Muchas gracias —dijo Paul y, dando media vuelta, empezó a alejarse.

De pronto, Manfredini se puso a gritar:

—¡Detengan a ese hombre...! ¡Quiere matar al secretario! ¡Lo quiere asesinar...!

Paul se detuvo escupiendo una nueva retahíla de juramentos.

Mucha gente empezaba a rodearlo. Unos llevaban papeles, otras carpetas...

Paul retrocedió hacia la puerta.

—Eh, no. Aquí hay un error... Les aseguro que yo no quiero asesinar al secretario de la ONU. Él y yo somos como éste y éste...

Pero aquellas personas seguían estrechando el círculo.

Paul se dijo que aquél no era el momento más adecuado para dar explicaciones.

Sacó la pistola y pegó una dentellada al aire.

Hizo lo posible para que sus ojos pareciesen los de un loco.

—¡Al que se acerque lo mato...!

Los que lo rodeaban, gente de varias razas, quedaron inmóviles como estatuas.

—¡Todo el mundo a tierra! —gritó Paul.

Todos se apresuraron a echarse al suelo y tiraron los papeles por el aire.

Entonces, Paul echó a correr.

De pronto, apareció un chino por la derecha y gritó:

—¡Maten a ese hombre! ¡Quería asesinar al secretario de la ONU!

Paul miró hacia la izquierda y vio a cuatro chinos.

Ya lo habían acorralado otra vez.

Y lo peor de todo era que ahora lo podrían asesinar impunemente, sin temor a la policía, o a la ley.

El acababa de comportarse como un terrorista, uno de aquellos fanáticos que llegaban hasta el crimen político.

No podía andarse con reservas.

Se trataba de salvar su vida.

Tenía una pistola en la mano, pero ya los chinos estaban echando mano a las suyas.

Apretó el gatillo dos veces y otros tantos orientales se desplomaron lanzando chillidos de muerte.

El pánico en las oficinas fue indescriptible.

Era como si en aquella planta se hubiese instalado provisionalmente un manicomio.

La gente que entraba se arremolinó en la puerta.

Todos querían volver a salir y chocaban contra los que querían entrar.

Paul se abrió paso entre ellos manipulando la pistola.

Dos o tres mujeres se desmayaron o se hicieron las desmayadas para no encontrarse con una bala.

Alguien hizo sonar un silbato.

Paul bajó por las escaleras saltando los peldaños de tres en tres.

De pronto, casi se dio de bruces con un chino.

Los dos se miraron sorprendidos durante un instante.

Al fin, el chino hizo un movimiento para sacar un arma.

Paul le pegó en la mandíbula con su pistola y lo derribó,

continuando su carrera.

Ya estaba en el vestíbulo.

Tropezó con un anciano a quien derribó.

Le pidió perdón y siguió avanzando hacia la puerta.

Pero allí lo esperaban dos chinos más.

Por un momento pensó si no se había equivocado de lugar y estaría en Shanghai en lugar de Nueva York.

Los dos chinos se pusieron a disparar alocadamente.

Paul se lanzó detrás de una columna.

Las balas repiquetearon.

Desde el suelo, envió plomo hacia la entrada.

Uno de los chinos se abatió como un muñeco.

El otro avanzó sin dejar de disparar sobre Paul.

El agente rodó por el suelo.

Al quedar otra vez de bruces, disparó sobre el fulano.

La bala casi arrancó de cuajo la cabeza del oriental.

El vestíbulo era otra clínica siquiátrica.

Paul se levantó de un salto y corrió como un demonio hacia la calle.

Cuando cruzó el umbral, guardó la pistola en el bolsillo confiado en que se habrían acabado los chinos.

Tuvo suerte.

No había ningún oriental a la vista.

Bajó la larga escalera mezclándose entre la multitud y se dirigió hacia la izquierda.

Se metió en un taxi y dio al conductor la dirección de Broadway.

Pero, al cabo de diez minutos de carrera, abandonó el taxi y tomó otro.

Fue éste el que lo condujo al hotel Juno. De esa forma, supuso, habría hecho perder la pista a sus perseguidores.

Cuando entró en la habitación donde estaban sus amigos, Bruno dijo:

—Apuesto a que estuviste divirtiéndote con una chica...

Paul sintió que las piernas le flaqueaban. Por fortuna para él, estaba cerca del diván, y se dejó caer.

CAPÍTULO XIII

—Así que los chinitos te la quisieron jugar dos veces —dijo Bruno Nussac.

Paul seguía tendido en el diván. Levantó la mano derecha.

—Juro no comer arroz durante los próximos seis meses...

La rubia Sonia le ofreció un *whisky*.

—Eres un encanto, preciosa...

Françoise se llegó junto a él y le puso un almohadón debajo de la cabeza.

—Gracias, ricura...

—Todo fracasó —dijo Bruno—. No ha valido la llamada a nuestro jefe, la visita al cónsul de Hong-Kong, ni tampoco ha valido tu visita a la ONU. ¿Qué infiernos piensa la gente...?

Leyla se puso de rodillas junto a Paul y lo besó en los labios. Lo hizo con mucha pasión. Paul estaba acostumbrado a tal clase de caricias, pero aquel beso lo dejó un poco asombrado.

—Paul —dijo Leyla—. Esto es en compensación por lo que te hicieron pasar mis medios compatriotas.

—Nena, ese premio estuvo muy bien. Casi volvería a repetir mis ejercicios de equilibrio en lo alto del rascacielos.

En aquel instante sonó el timbre de la puerta.

Paul saltó del diván y ya tenía la pistola en la mano.

Las muchachas se asustaron.

Bruno también exhibía un arma.

—Nadie sabe que estamos aquí —dijo.

—Sí, pero esos chinos trabajan a destajo —repuso su compañero—. Cúbreme mientras yo abro.

Se dirigió hacia la puerta.

Puso la mano en el tirador y abrió de golpe.

Pamela Lee se precipitó en la estancia.

—Oh, Paul —dijo.

Se colgó en el cuello de Paul y lo besó en los labios.

—Creí que me matarían antes de llegar...

—¿A quién te refieres?

—A un chino.

—¿No te lo dije, Bruno? Están en todas partes. Pobrecita mía — dijo Paul y, tomándola por la cintura, le devolvió el beso.

Las otras tres jóvenes no habían llegado a esconderse en el dormitorio y contemplaban aquella escena con un gesto irritado.

Pamela apartó la cara para respirar y dijo:

—Llamé a la policía, y los estaba esperando cuando sonó el teléfono. Lo cogí y resultó ser la secretaria del doctor Gordon Hattes... Me dijo que esta mañana recibió el envío del doctor Cromwell... Y yo no envié nada al doctor Hattes.

—Creo que está claro. Los chinos se ocuparon de suministrar al doctor Hattes el RNA que necesitará para inocular al secretario... Apuesto a que, si investigamos, descubriremos que el doctor Hattes está camino de París, justamente adonde se dirige el secretario... Ya está claro, Bruno. Volvemos a nuestra patria.

—Sí, y de qué forma...

—Llegando al aeropuerto por encima de cualquier chino.

La puerta se abrió de golpe y tres chinos aparecieron con las pistolas en la mano.

Como Bruno y Paul tenían sus armas a punto, se pusieron a disparar.

Las mujeres empezaron a pegar chillidos.

Los tres orientales se derrumbaron con mucho plomo en el cuerpo.

Bruno dio un suspiro.

—Conque pasando por encima de cualquier chino...

—Apuesto a que se ha infectado la casa y nos entran chinos hasta por la ventana.

En aquel momento los cristales de la ventana saltaron hechos añicos.

Un chino entró convertido en una bola. Quedó en cuclillas.

Portaba una metralleta en la mano.

Paul le metió una bala entre los dos ojos.

El chino retrocedió bruscamente y se marchó otra vez por la ventana.

—Hasta la vista —le dijo Bruno.

El gerente del hotel, un hombre de baja estatura, entró como un rayo.

—¿Qué es esto...? ¿Es que no saben ustedes que está prohibido que hombres y mujeres se junten y armen escándalo? ¿Y qué es lo que veo? Se han corrido una juerga —señaló a los tres chinos muertos—. Tres borrachos... Están organizando un jaleo tremendo.

Todos los vecinos se quejan...

Dos chinos aparecieron por detrás de aquel hombre.

Paul y Bruno apretaron el gatillo.

Los nuevos orientales chocaron contra la pared y se vinieron hacia el gerente, pero se derrumbaron sin tocarlo.

El gerente abrió unos ojos como platos.

—¡Dios mío! —exclamó y se desmayó.

—Chicas —dijo Paul—. Preparad vuestras cosas. Nos vamos...

—¿Y qué hago yo? —dijo Pamela.

—No tienes más remedio que venirte con nosotros o los chinos acabarán contigo...

—Sí, preciosa, quedas admitida en la pandilla —dijo Bruno—. Señoras y caballeros, aprovechen la oportunidad para ver París. Viaje reservado solo para mujeres, al lado de dos chicos locos, locos, locos...

Diciendo eso se volvió como una centella y se puso a disparar sobre otros dos chinos que habían aparecido por el cuarto de baño.

Paul se asomó al corredor.

Lo encontró despejado.

—¡Listos, muchachos...!

Echaron a correr hacia la escalera.

En aquel momento se abrió una puerta al fondo del corredor y un hombre salió corriendo en batín mientras gritaba:

—¡Gerente...! ¡Gerente...! ¿Qué clase de hotel es éste? ¡Debajo de mi cama hay un chino...!

—Sí, Nicole... Desde luego, mi vida —decía el comandante Ferniot por el teléfono número tres, el que utilizaban sus empleados en un caso de emergencia—. Eres un encanto... Te prefiero con el bikini...

En aquel momento se abrió la puerta y Paul entró diciendo:

—Ya estamos aquí, jefe.

Detrás de él caminaban Bruno y las cuatro chicas que habían ido recogiendo en su viaje alrededor del mundo.

El comandante se había quedado de muestra. Oyó unos chillidos a la otra parte del auricular, y entonces se dio cuenta de que continuaba establecida la comunicación.

—Disculpe, agente. Ya le daré más órdenes esta noche.

Colgó de golpe y, levantándose del sillón, chilló:

—¿Qué significa esto, Paul...? ¡Le dije que dejase sus mujeres en Nueva York!

—No pude hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque las pobres estarían ahora en el fondo de la bahía...

—¡No somos un asilo...! Tenemos un trabajo muy serio entre manos... Somos el ojo abierto de Francia... ¡El contraespionaje...!

De pronto, se dio cuenta de que también la revista *Galante* estaba abierta, justo por la hoja donde aparecía Nicole con su bikini.

La cerró de un manotazo.

Sus ojos seguían despidiendo chispas, cuando Paul lo señaló con el dedo diciendo:

—Jefe, yo tenía razón... El secretario va a ser inyectado con el RNA... Y agárrese, le van a cambiar la memoria aquí mismo, en París...

—¿Todavía sigue con esa tontería?

—Le aseguro que no es ninguna tontería, comandante. El doctor Gordon Hattes ha viajado desde Nueva York a París para pegar el jeringazo.

—¡Es la fábula más absurda que he oído en todos los días de mi vida...! ¡Cambiar la memoria de una persona...! ¿Quién se ha creído que soy...? ¿Un labriego...?

—No, señor. Ya sé que usted es el jefe del Servicio de Investigación Estratégica, y por eso le informo de lo que está

pasando y de lo que puede pasar... Yo le diré lo que haría en su lugar.

—¡Usted no necesita decirme nada porque no está en mi lugar...!

—Si no me cree, haga una comprobación.

—Oh, sí, se refiere a que compruebe si el secretario de las Naciones Unidas se encuentra en París. Pero debe saber, caballero, que para eso no necesito mover un solo dedo. Lo traen todos los periódicos de la noche.

El comandante mostró la primera plana de un ejemplar del *France-Soir*. En grandes titulares, se anunciaba la llegada a París del secretario de la ONU para clausurar la Conferencia de Trabajos para la Paz.

—No me refería al secretario, comandante —repuso Paul—. Ya sé que su viaje no es secreto. Es mucho más interesante para nosotros conocer el paradero del doctor Gordon Hattes.

—Ah, sí, el tipo que, según usted, va a inocular al secretario.

—Así es, jefe.

—¿Y cómo cree que lo va a poder inyectar, suponiendo que usted no se equivoque...? ¿Piensa acaso, que el secretario se sirve de cualquier doctor...? ¿No sabe que el Gobierno francés ha puesto a su disposición centenares de agentes...? Baje de la nube, Paul... El secretario de la ONU se encuentra en perfectas condiciones para poder pronunciar su discurso de clausura en esa conferencia... Yo le habría creído a usted si me hubiese dicho que alguien pretendía soltar un bombazo... O que un tirador consumado se disponía a disparar sobre el secretario provisto de un rifle con mira telescópica...

Pero ¿cómo voy a creer que un doctor va a utilizar la aguja hipodérmica contra el secretario...?

—Suponga que el doctor Hattes es el médico de cabecera del secretario de la ONU.

—No, no lo es, Paul, porque yo tengo aquí una lista del personal que acompaña al secretario y está incluido un doctor.

El doctor tomó un fajo de papeles y buscó uno.

—Aquí está. El médico que acompaña al secretario se llama Frederick Jackson, de medicina general. Y otra cosa muy interesante, Paul. El departamento correspondiente recibió un

informe diciendo que la salud del secretario es excelente y que no necesita cuidados médicos. Por pura rutina me enviaron una copia.

—Por favor, jefe. Deme esa oportunidad. Entérese de dónde está hospedado Gordon Hattes.

El comandante titubeó unos instantes y por fin descolgó un teléfono.

—Identificación... —dijo por el micro—. Quiero saber si se encuentra en París el doctor Gordon Hattes, de Nueva York... La respuesta ha de ser inmediata.

Colgó y juntó los dedos de la mano.

Miró a las cuatro jóvenes que estaban en el fondo de la estancia.

Demonios, cuando Paul y Bruno se metían en un lío, ya podía asegurar que iban a conocer a las más hermosas mujeres... ¿Qué clase de magnetismo tenían aquellos dos condenados...?

En aquel momento se oyó un trueno y empezó a diluviar.

—Cierre esa ventana, Bruno...

El agua entraba en la habitación.

Sobre París estaba descargando una tormenta.

—Qué tiempesito —dijo Bruno frotándose las manos después de cerrar la ventana.

El comandante enseñó los dientes.

—Esta mañana lucía un sol primaveral y durante todo el día no he visto una nube en el cielo... ¡Son ustedes los que atraen estas catástrofes!

Sonó el teléfono y lo tomó.

—Hable. Identificación... ¿Cómo...? ¿Hotel Imperial, habitación catorce...? No, no quiero que hagan nada de momento. Eso es todo.

Después de dejar el auricular en la horquilla, miró a Riviere.

—Bien, Paul. Usted tenía razón.

—Gracias, jefe —sonrió Paul.

El comandante pegó un puñetazo en la mesa.

—Sólo en que Gordon Hattes se encuentra en París, pero no le admito el resto... ¿Qué tiene que ver que el doctor Gordon Hattes haya venido a pasar unos días en París...? ¿Sabe cuántos norteamericanos hay en estos días en nuestra capital...?

—Miles.

—Sí, señor, miles. Los encuentra uno en todas partes, como hongos en el campo después de un día de lluvia —bajó la voz—.

Eso me recuerda que debo ir mañana a coger setas a La Promenade.

—Comandante, le pido autorización para llegarme al hotel Imperial.

—¡Autorización denegada! —gritó Ferniot pegando otro puñetazo en la mesa.

CAPÍTULO XIV

El doctor Kung sonrió.

—Sí, doctor Hattes. Su amigo, el doctor Cromwell, se había convertido en un elemento peligroso para todos nosotros. Por eso decidí su eliminación.

El doctor Hattes era alto, rubio y había cumplido recientemente los treinta y cinco años de edad. Su rostro era bien parecido, aunque sus ojos y su sonrisa le daban un cierto aire de cinismo.

—Me hago cargo, doctor Kung.

—Usted ha ocupado su lugar y espero que haga honor a la confianza que depositamos en usted.

—No se preocupe, doctor Kung. Haré todo lo posible para merecer, su crédito.

—Debo decirle que ésta es la más importante acción que hasta ahora ha llevado a cabo el Escorpión Dorado... Si conseguimos llevar a buen fin esta misión, el mundo se abrirá ante nosotros con nuevas perspectivas... Supongo que no necesito agregar que esas perspectivas serían las más halagüeñas para usted...

—Desde luego, doctor Kung. Pero, dígame, ¿existe algún impedimento para que no podamos lograr el éxito...?

—En absoluto... Bueno, a decir verdad existía...

—Se refiere a esos dos agentes franceses.

—Sí, a Paul Riviere y a Bruno Nussac. Han estado enredando mucho, pero ya dejaron de molestarnos. Mis hombres se encargaron de ellos en Nueva York.

—¿Quiere decir que los mataron...?

—Completamente.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

El doctor Hattes acudió a abrir.

Se quedó un poco perplejo al ver que se trataba de una hermosa china.

—Por favor, doctor, Kung.

—¿Qué pasa? —preguntó el aludido.

La china entró en el apartamento y el doctor Hattes cerró la puerta.

—Doctor Kung —dijo la joven—. Se ha recibido una llamada telefónica en su ausencia desde Nueva York.

—Magnífico. Ya sé que son buenas noticias...

—No, doctor Kung.

—¿Cómo...?

—Los agentes franceses mataron a una docena de los nuestros...

La piel del doctor Kung se puso verde.

—No puede ser...

—Lograron escapar.

—¡Pero todavía estarán en Nueva York...!

—No, señor. Han volado hacia París.

El doctor Kung cerró los puños con fuerza.

—Está bien, gracias...

La china dio media vuelta y salió del apartamento.

El doctor Hattes había fruncido el ceño.

—Me temo que no han tomado las garantías necesarias para llevar a cabo el trabajo.

—No diga tonterías.

—Sugiero una suspensión.

—¡Eso no puede ser...! ¡Todo está en marcha y ésta es la mejor oportunidad...!

—Pero sería correr un peligro...

—Siempre se corre un peligro, doctor Hattes. Nuestros enemigos nos acechan por todas partes... Ya hace tiempo que decidimos luchar y libramos de ellos de uno en uno o de cien en cien...

—Esos agentes franceses los eliminan a ustedes por docenas y no lo hacen del todo mal...

—¿Qué estupidez está diciendo...? Hasta ahora esos agentes franceses sólo se enfrentaron con una pandilla de inútiles que me fue facilitada por la Sección de Asuntos Generales. Pero sepa de una vez que los que se han reunido conmigo en París pertenecen a un comando de combate especializado en la lucha contra las fuerzas

del mal. Le aseguro que todo ha sido trazado por mí mismo... El plan ha sido comprobado hasta en sus menores detalles.

—Muy bien, doctor Kung. Me ha tranquilizado bastante.

—Hablemos ahora del plan de ejecución.

—Lo tengo muy claro.

—No basta. Quiero repetírselo.

—Sí, doctor Kung.

—Durante el banquete, el secretario de la ONU se sentirá indispuerto. Naturalmente, se deberá a unos polvos que uno de los camareros habrá mezclado con su comida o bebida. Se requerirán los servicios de su médico de cabecera, el doctor Jackson, y el doctor Jackson se levantará de su silla, y acudirá al lado del secretario para examinarlo. Mientras tanto, pedirá su maletín que le traerá un carnero... Naturalmente, todo el mundo creará que es el doctor Jackson. Pero será usted, doctor Hattes, quien lo atienda...

—Sí, señor.

El doctor Kung abrió una pequeña maleta que había sobre la mesa. Sacó una mascarilla de plástico.

Sonrió acariciándole las mejillas.

—¿Quiere ponérsela, señor Hattes...?

Gordon Hattes aceptó la mascarilla y se la puso.

Ante los ojos del doctor Kung apareció la cara de un hombre de unos cincuenta años, con algunas arrugas bajo los ojos, la boca de labios gruesos.

—Un trabajo perfecto...

—¿No habrá olvidado algún detalle, doctor Kung?

—Usted mismo lo va a comprobar.

El doctor Kung sacó de la misma maleta una fotografía de gran tamaño. Era un primer plano de una cara.

—Le presento al doctor Jackson.

Hattes miró la fotografía y luego se observó en el espejo.

—Caramba... Ni yo mismo sé quién soy...

—Celebro que le guste —dijo el doctor Kung devolviendo la fotografía a la maleta.

—¿Qué hay del secuestro del doctor Jackson?

—Debe prepararse dentro de quince minutos para ocupar su lugar. Cámbiese de traje...

A propósito, ¿se ha aprendido usted la ficha del doctor

Jackson...?

—Sí, conozco el lugar de mi nacimiento, quiénes fueron mis padres, la Universidad donde estudié, mis amigos...

—De todos modos, procure hablar lo imprescindible, y ocúpese sólo de temas de carácter general y ambiguo.

—Entiendo.

—Recuerde que el secretario de la ONU no llegará nunca a perder el conocimiento. Una vez que le haya inyectado, usted volverá a su silla. Pero sólo permanecerá el tiempo indispensable en la sala de banquetes, unos minutos. Cuando ya nadie se fije en usted, saldrá y, en el coche que lo estará esperando, se quitará la mascarilla, recobrando su verdadera personalidad.

—¿Qué me dice del verdadero doctor Jackson?

—¿Se interesa por su suerte...?

—No en el sentido que usted cree...

—Oh, sí, le preocupa que él vuelva a ocupar su puesto de médico de cabecera del secretario...

—Imagino que no ocurrirá eso.

—No, señor Hattes. Tranquilícese. Sería estúpido por nuestra parte cometer un error de esa clase... El verdadero doctor Jackson sufrirá un lamentable accidente automovilístico en su camino al hotel, cuando, supuestamente haya abandonado el salón del banquete.

Hattes sonrió.

—Confieso que su plan no tiene ningún fallo.

—Y sobre todo, es simple, ¿verdad, doctor Hattes?

—Sí, lo es.

—Siempre he sido un enamorado de las cosas simples. La mayoría de las veces las soluciones se encuentran en nuestro alcance, y nosotros nos empeñamos en torturarnos el cerebro...

—Creo que tiene usted razón.

En aquel momento volvió a sonar el timbre de la puerta.

Era la china de antes.

—Doctor Kung, lo llaman desde

Hong-Kong.

He ordenado que pasen la conferencia a este teléfono...

—No ha debido hacer eso.

—Lo siento, pero yo creí que...

—Es igual. Ya que lo ha hecho, hablaré desde aquí.

—El doctor Kung al habla... Sí, Gran Maestro... Nuestro plan continúa adelante... Perdón, Gran Maestro, pero ya tomé todas las medidas. Ese fallo que se ha producido con respecto a los agentes franceses será corregido... No se volverá a repetir... Sí, Gran Maestro. Sé perfectamente el castigo que se me impondría —al mismo tiempo que decía esto, el doctor Kung se pasó un dedo por el cuello—. Le informaré inmediatamente que hayamos terminado nuestra misión, Gran Maestro...

El doctor Kung colgó en la horquilla.

Continuaba acariciándose el cuello.

—Esta vez no podemos equivocarnos, ¿lo oye bien, doctor Hattes...? Todo ha sido organizado para que el plan se pueda llevar a efecto sin ningún obstáculo... Para usted y para mí, existirá un gran futuro... Yo no tengo la menor duda de eso...

* * *

Se estaba celebrando el banquete de clausura de la Conferencia de Trabajos para la Paz.

El salón ofrecía un brillante aspecto.

Allí se habían dado cita representantes de todos los países del mundo acreditados en la ONU. Ministros de Asuntos Exteriores, embajadores, políticos y muchas personas que eran figuras prestigiosas en el campo de las artes, de las ciencias y de las letras, tres premios Nobel de la Paz, uno de Literatura, seis de Física y cuatro de Química.

De pronto, el secretario de la ONU se llevó la mano a la cabeza.

Un ministro europeo que se sentaba a su lado se inclinó sobre él.

—¿Se encuentra mal, señor secretario...?

—Una ligera indisposición.

Uno de los agentes encargados de la seguridad del secretario, se acercó rápidamente.

—¿Qué ocurre, señor secretario?

—Por favor, llame discretamente al doctor Jackson...

—Sí, señor. Ahora mismo.

—Me retiraré a uno de los saloncitos privados. ¿Cuál le parece a usted...?

—Tenemos uno detrás de nosotros, señor.

El agente lanzó una mirada a dos de sus compañeros y éstos fueron también hacia allí.

—Acompañen al señor secretario al saloncito azul... Voy en busca del doctor Jackson.

El secretario sonrió a un lado y otro.

Algunos ceños se fruncieron.

—Disculpen —dijo el secretario—. Sólo es un minuto... Enseguida vuelvo con ustedes...

Los dos agentes entraron con el secretario en el saloncito privado. Poco después apareció el otro agente con el doctor Jackson.

Un camarero los siguió casi inmediatamente portando un maletín.

El supuesto doctor Jackson se puso a trabajar enseguida. Auscultó al secretario y emitió un gruñido.

Luego, sacó del maletín una aguja hipodérmica.

—Esto lo reanimará...

—Gracias, doctor Jackson.

El secretario se había despojado de la chaqueta del *smoking* y ya uno de los agentes le estaba ayudando a subirse la manga de la camisa.

El supuesto doctor Jackson llenó la jeringuilla con el contenido de una ampolla.

Pasó un algodón impregnado de alcohol por el brazo del secretario e inmediatamente, inyectó.

El contenido de la jeringa pasó al cuerpo del secretario.

Otra vez el supuesto doctor Jackson aplicó el algodón.

Inmediatamente, guardó su instrumental en el maletín, entregó éste al camarero, hizo un saludo y salió del saloncito.

Volvió a la mesa que ocupaba.

El hombre que estaba a su lado dijo:

—De modo que estudió en la Universidad de Yale. —Sí.

—Por su edad debe haber conocido a un gran amigo mío, Jim Clark.

—¿El corredor de bólicos...?

—No, hombre, es doctor como usted...

—Oh, sí, ahora lo recuerdo, el bueno de Clark. Qué gran tipo...

Perdone, caballero, pero he de atender una llamada telefónica.

El supuesto doctor Jackson se levantó, pero no fue a ninguna cabina telefónica. Abandonó el edificio donde se estaba celebrando aquel banquete y entró en el auto negro que lo esperaba en el aparcamiento.

Al volante había un chino.

El supuesto doctor Jackson hizo chascar los dedos y el chino puso el auto en marcha.

Poco después, el viajero llegaba a su destino: el hotel Imperial.

Subió en el ascensor hasta la segunda planta y entró en la habitación número catorce.

El doctor Kung estaba sentado en un sillón bebiendo un *whisky*.

Señaló el aparato de televisión que estaba retransmitiendo en directo el banquete que clausuraba la Conferencia de Trabajos para la Paz.

—Le felicito, doctor Hattes. Hizo un trabajo magnifico. Lo vi todo desde aquí.

El recién llegado hizo una inclinación con la cabeza.

Se dirigió hacia el bar que estaba en el fondo de la habitación y se preparó una buena ración de *whisky* con cubitos de hielo.

El doctor Kung sonreía por lo bajo mientras seguía observando el desarrollo del banquete en la pantalla.

En aquel momento apareció un locutor.

—Señoras, caballeros, el secretario de las Naciones Unidas va a dirigir unas palabras... —Va a ser interesante lo que dirá, ¿no le parece, doctor Hattes...? Ande, venga y siéntese, esto es para no perdérselo...

Su compañero ocupó el sillón de al lado, conservando el vaso de *whisky* en la mano.

Ya estaba hablando el secretario de la ONU.

Empezó a hacerlo con voz pausada. Habló de la paz, de los esfuerzos que todas las naciones estaban desarrollando para librar al mundo del fantasma de la guerra. Naturalmente, hizo una mención muy diplomática de los garbanzos negros, lo cual fue acogido con suaves risas.

Pero, de pronto, el secretario se puso a gesticular con una energía e imprimió a sus palabras una gran rotundidad. Se movía con mucha rapidez, como un personaje de un celuloide rancio.

En un momento determinado, atrapó una rama de olivo de la mesa. Alargó la otra palma de la mano y en ella le pusieron una blanca paloma.

Hablaba con la misma rapidez que gesticulaba.

—¡La paz es lo que importa...! ¡La paz es lo que quieren todos los hombres de buena voluntad...!

—Eh, ¿qué infiernos le pasa? —dijo el doctor Kung—. Ese hombre está entusiasmando al auditorio... Mire cómo aplauden todos puestos en pie... Pero ¿qué demonios ocurre ahí...?

—Es la mar de sencillo —dijo su interlocutor—. Inyecté al secretario una triple ración de vitaminas...

Así diciendo, aquel hombre se quitó la mascarilla que lo hacía semejante al doctor Jackson.

Y ante los ojos del doctor Kung apareció la cara de Paul Riviere.

CAPÍTULO XV

El doctor Kung dio un salto en el sillón.

—Cuidado, doctor Kung, no se mueva, o lo coso contra el respaldo.

El rostro del doctor Kung había pasado del amarillo al cárdeno.

—¿Cómo infiernos lo ha hecho...?

—Fue muy sencillo, doctor Kung —respondió Paul y levantó la mascarilla—. Con esto cualquiera podía ocupar el puesto del doctor Jackson, siempre que tuviese su misma talla.

Al parecer, el doctor Jackson, el doctor Hattes y yo tenemos unas medidas muy similares.

El doctor Kung respiraba entrecortadamente.

—¿Dónde está el doctor Hattes...?

—Detenido... Ah, y también debo decirle que el doctor Jackson está libre, aunque sus chinitos le produjeron una gran crisis nerviosa.

El doctor Kung se relajó en el sillón.

—Debo felicitarle, señor Riviere.

—Muy agradecido.

—¿Qué va a hacer conmigo...?

—Me temo que su futuro es muy incierto.

—Déjeme marchar a Hong Kong.

—Usted no iría a Hong Kong...

—¿Por qué dice eso...?

—Porque su secta lo condenará a muerte. Usted ha fallado, perdió su gran oportunidad y no le darán otra. Por otra parte, tampoco nosotros estamos dispuestos a que siga enviando chinos a domicilio a gentes honradas.

—Creo que no tengo escapatoria —dijo el doctor Kung y se

inclinó hacia adelante. Se abrió la puerta de golpe y en el hueco apareció la hermosa secretaria del doctor Kung. Pero ahora no tenía lápiz y bloc en la mano, sino una pistola.

El doctor Kung rió.

—¿Pensó que me podía ganar, señor Riviere...?

—¿No ha quedado convencido todavía...?

—Claro que no. Ahora ha llegado su última hora. ¡Dispara sobre él...!

Paul dio un salto en el aire. Fue a parar detrás del sillón del doctor Kung.

La china estaba apretando el gatillo.

Las balas se enterraron en el cuerpo del miembro de la secta del Escorpión Dorado. Se levantó, lanzó un aullido y se desplomó.

Paul pegó un empujón al sillón contra la china, la cual no pudo burlar el proyectil y fue lanzada a la alfombra. Paul saltó sobre la joven.

La aplastó contra el suelo y la atrapó por la muñeca armada, obligándola a soltar la pistola.

—Pero, chinita —dijo sobre su bello rostro—. ¿Qué ibas a hacer con un hombre como yo...? ¿Es que no sabes que yo soy un tipo extra tratando a las mujeres?

Aplastó su boca contra la de ella.

La chinita parpadeó.

—Otro... —dijo.

Paul la volvió a besar en la boca.

El secretario de la ONU, entre grandes ovaciones, decía:

—Es la hora de la paz, la hora en que nosotros debemos esforzarnos por hacer la vida mejor a la persona que esté más cerca...

Paul miró al secretario de la ONU, le hizo un guiño y continuó besando a la china.

De pronto se oyeron pasos rápidos.

En la habitación empezaron a entrar, una tras otra, Sonia Belfond, Françoise Moreau, Pamela Lee y Leyla Wong.

Bruno lo hizo después sonriendo.

—Al fin solos —dijo.

Los dos agentes amigos, Paul y Bruno, corrían por la calle.

Cinco mujeres, Sonia, Leyla, Françoise, Pamela y la secretaria del doctor Kung iban tras ellos.

Un helicóptero evolucionó por encima de los agentes y arrojó una escalerilla. Los dos treparon.

El helicóptero empezó a elevarse y los dos amigos se detuvieron en la escalerilla, mientras daban un suspiro de alivio.

Miraron hacia arriba.

En el interior del helicóptero, su jefe, el comandante Ferniot, dijo cabeceando:

—¿Qué sería de ustedes sin mí...?

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).